

LIBRO QUINTO.

PRIMER SITIO Y DEFENSA DE ZARAGOZA.— ASIENTO DE LA CIUDAD.— ESTADO APURADO DE LA MISMA.— SALIDA DE PALAFOX, 15 DE JUNIO.— PRIMERA EMBESTIDA DE LOS FRANCESES CONTRA ZARAGOZA, Y SU DERROTA, 15 DE JUNIO.— D. LORENZO CALVO DE ROZAS.— PREPARATIVOS DE DEFENSA EN ZARAGOZA.— D. ANTONIO SAN GENIS.— INTIMACION DE LEFEBVRE DESNOUETTES.— EL GENERAL PALAFOX EN ÉPILA.— ACCION DE ÉPILA.— PIENSA PALAFOX EN VOLVER Á ZARAGOZA.— ENTRADA ALLÍ DE LAZAN EL 24 DE JUNIO.— JURAMENTO DE LOS ZARAGOZANOS.— AMENAZA VILLANA DE UN POLACO Á CALVO.— CONFERENCIA Y PROPOSICIONES DE LOS GENERALES FRANCESES.— LOS FRANCESES REFORZADOS.— VERDIER GENERAL EN JEFE.— VUÉLASE UN ALMACEN DE PÓLVORA.— ATAQUE CONTRA EL MONTE TORRERO.— CASTIGO DEL COMANDANTE.— LLEGADA DE UN REFUERZO Á LOS ESPAÑOLES.— 30 DE JUNIO, PRINCIPIA EL BOMBARDEO.— NUEVAS OBRAS DE DEFENSA DE LOS SITIADOS.— ATAQUES DEL 1.º Y 2 DE JULIO.— AGUSTINA ZARAGOZA.— ENTRADA DE PALAFOX EL 2 EN ZARAGOZA.— OTROS COMBATES.— PUENTE ECHADO POR LOS FRANCESES EN SAN LAMBERTO.— ESTRAGO HECHO POR LOS MISMOS.— OTRAS MEDIDAS DE LOS SITIADOS.— APODÉRASE EL ENEMIGO DE VILLAFELICHE.— OTROS COMBATES.— ATAQUES DEL 3 Y 4 DE AGOSTO.— AVANZAN LOS FRANCESES AL COSO.— SALIDA DE PALAFOX DE ZARAGOZA.— VUELVE LAZAN EL 5 CON SOCORROS.— EL 8, PALAFOX.— CONTINÚAN LOS CHOQUES Y REENCUENTROS.— LOS FRANCESES RECIBEN EL 6 ÓRDEN DE RETIRARSE.— CONTRAÓRDEN POCO DESPUES.— RESOLUCION MAGNÁNIMA DE LOS ZARAGOZANOS.— 13, ÓRDEN DEFINITIVA DADA Á LOS FRANCESES DE RETIRARSE.— LLEGADA Á ZARAGOZA DE UNA DIVISION DE VALENCIA.— ALÉJANSE LOS FRANCESES DE ZARAGOZA EL 14.— FIN DEL SITIO.— ALEGRÍA DE LOS ARAGONESES, ESTADO DE LA CIUDAD.— CATALUÑA.— BLOQUEO DE FIGUERAS POR LOS SOMATENES.— SOCORRE LA PLAZA EL GENERAL REILLE.— D. JUAN CLARÓS.— VUELVE DUHESME Á GERONA.— JUNTA DE LÉRIDA.— TROPAS DE MENORCA MANDADAS POR EL MARQUÉS DEL PALACIO.— EL CONDE DE CALDAGUÉS VA EN SOCORRO DE GERONA.— ATACAN LOS FRANCESES Á GERONA EL 13 DE AGOSTO.— SON DERROTADOS EL 16.— LEVANTAN EL SITIO.— PORTUGAL.— ESTADO DE AQUEL REINO Y DE SU INSURRECCION.— EVORA.— EXPEDICION INGLESA ENVIADA Á PORTUGAL.— SIR ARTHURO WELLESLEY.— SALE LA EXPEDICION DE CORCK.— DESEMBARCO EN MONDEGO.— ESTADO DE JUNOT, Y SUS DISPOSICIONES.— ACCION DE ROLIZA.— SOCORROS LLEGADOS AL EJÉRCITO INGLÉS.— BATALLA DE VIMEIRO, 21 DE AGOSTO.— ARMIS-

TICIO ENTRE AMBOS EJÉRCITOS.— CONVENIO DEL ALMIRANTE RUSO CON EL INGLÉS.— CONVENCION DE CINTRA.— ESPAÑOLES DE PORTUGAL.— RESTABLECEN LOS INGLESES LA REGENCIA DE PORTUGAL.— YÉLBES SITIADA POR LOS ESPAÑOLES.— ALMEIDA POR LOS PORTUGUESES.— DESAPROBACION GENERAL DE LA CONVENCION DE CINTRA EN INGLATERRA.— DECLARACION DE S. M. B. DE 4 DE JULIO.— PETICIONES Y RECLAMACIONES QUE SE HACEN Á LOS DIPUTADOS ESPAÑOLES.— DUMOURIER.— CONDE D'ARTOIS.— LUIS XVIII.— PRÍNCIPE DE CASTELCICALA.— TROPA ESPAÑOLA EN DINAMARCA.— MARQUÉS DE LA ROMANA.— LOBO.— FÁBREGUES.— SE DISPONEN Á EMBARCARSE LAS TROPAS DEL NORTE.— KINDELAN.— KINDELAN Y GUERRERO.— JURAMENTO DE LOS ESPAÑOLES EN LANCELAND.— DAN LA VELA PARA ESPAÑA.— TRÁTASE DE REUNIR UNA JUNTA CENTRAL.— SITUACION DE MADRID.— ASESINATO DE VIGURI.— CONSEJO DE CASTILLA.— SUS MANEJOS.— OPINION SOBRE AQUEL CUERPO.— ESTADO DE LAS JUNTAS PROVINCIALES.— LLEGADA Á GIBRALTAR DEL PRÍNCIPE LEOPOLDO DE SICILIA.— CORRESPONDENCIA ENTRE LAS JUNTAS.— PROCEDER DEL CONSEJO.— ENTRADA EN MADRID DE LLAMAS Y CASTAÑOS.— PROCLAMACION DE FERNANDO VII.— INSURRECCION DE BILBAO.— MOVIMIENTOS EN GUIPÚZCOA Y NAVARRA.— NUEVOS MANEJOS DEL CONSEJO.— PROPUESTA DE CUESTA Á CASTAÑOS.— CONSEJO DE GUERRA CELEBRADO EN MADRID.— PRENDE CUESTA Á VALDÉS Y QUINTANILLA.— ACABA EL GOBIERNO DE LAS JUNTAS PROVINCIALES.

Sin muro y sin torreones, segun nos ha trasmitido Floro (1), defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. También desguarnecida y desmurada, resistió al de Francia con tenaz porfía, si no por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En ésta, como en aquélla, mancillaron su fama ilustres capitanes, y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces, en ménos de un año, cercaron los franceses á Zaragoza; una malogradamente, otra con pérdidas é inauditos reveses. Cuanto fué de realce y nombre para Aragon la heroica defensa de su capital, fué de abatimiento y desdoro para sus sitiadores, aguerridos y diestros, no haberse enseñoreado de ella pronto y de la primera embestida.

(1) *Numantia, quantum Carthaginis Capuae, Corinthi opibu inferior, ita virtutis nomine et honore par omnibus, summumque, si viros æstimes Hispaniæ dequ: quippe quæ sine muro, sine turribus, modice edito in trumulo apud flumen Durium sita, quatuor millibus celtiberorum, quadraginta millium exercitum per annos quatuordecim sola sustinuit; nec sustinuit modo, særius aliquanto persulit, pudendisquæ fœderibus offecit.* (L. A. FLORO, lib. II, cap. XVIII.)

Baña á Zaragoza, asentada á la derecha márgen, el caudaloso Ebro. Cñela al Mediodía y del lado opuesto, Huerba, acanalado y pobre, que más abajo rinde á aquél sus aguas, y casi enfrente adonde desde el Pirineo viene tambien á fenecer el Gállego. Por la misma parte, y á un cuarto de legua de la ciudad, se eleva el monte Torrero, cuya altura atraviesa la acequia imperial, que así llaman al canal de Aragon, por traer su origen del tiempo del emperador Cárlos V. Antes del sitio hermoseaban á Zaragoza en sus contornos feraces campiñas, viñedos y olivares, con amenas y deleitables quintas, á que dan en la tierra el nombre de torres. A izquierda del Ebro está el arrabal que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose destruido otro de madera en una riada que hubo en 1802. Pasaba la poblacion de 55.000 almas; menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada; diciendo Colmenar (2), á manera de profecía, cosa há de un siglo, «que estaba sin defensa, pero que reparaba esta falta el valor de sus habitantes.» Cercábala solamente una pared de diez á doce piés de alto y de tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mampostería, interpolada á veces y formada por algunos edificios y conventos, y en la que se cuentan ocho puertas, que dan salida al campo. No léjos de una de ellas, que es la del Portillo, y extramuros, se distingue la Aljaferría, antigua morada de los reyes de Aragon, rodeada de un foso y muralla, cuyos cuatro ángulos guarnecen otros tantos bastiones. Las calles, en general, son angostas, excepto la del Coso, muy espaciosa y larga, casi en el centro de la ciudad, y que se extiende desde la puerta llamada del Sol hasta la plaza del Mercado. Las casas de ladrillo, y por la mayor parte de dos ó tres pisos; la adornan edificios y conventos bien contruidos y de piedra de sillería. La piedad admira dos suntuosas catedrales, la de Nuestra Señora del Pilar y la de la Seo, en las que alterna por años, para su asistencia, el Cabildo. El último templo, antiquísimo; el primero, muy venerado de los naturales, por la imágen que en su santuario se adora. Como no es de nuestra incumbencia hacer una descripcion especial de Zaragoza, no nos detendremos ni en sus antigüedades ni grandeza, reservando para despues hablar de aquellos lugares que, á causa de la resistencia que en ellos se opuso, adquirieron desconocido renombre; porque allí las casas y edificios fueron otras tantas fortalezas.

(2) *Annales d'Espagne et de Portugal*, par D. JUAN ÁLVAREZ DE COLMENAR, tomo V, pág. 431, edicion de Amsterdam.

Si ningunas eran en Zaragoza las obras de fortificacion, tampoco abundaban otros medios de defensa. Vimos cuán escasos andaban al levantarse en Mayo. El corto tiempo transcurrido no habia dejado aumentarlos notablemente, y ántes bien se habian minorado con los descalabros padecidos en Tudela y Mallen. En semejante estado, déjase discurrir la consternacion de Zaragoza al esparcirse la nueva, en la noche del 14 de Junio, de haber sido aquel dia derrotado D. José de Palafox en las cercanías de Alagon, segun dijimos en el anterior libro. Desapercibidos sus habitantes, tan solamente hallaron consuelo con la presencia de su amado caudillo, que no tardó en regresar á la ciudad. Mas el enemigo no dió descanso ni vagar. Siguieron de cerca á Palafox, y tras él vinieron proposiciones del general Lefebvre Desnouettes á fin de que se rindiese, con un pliego enderezado al propio objeto, y firmado por los emisarios españoles Castel-Franco, Villela y Pereira, que acompañaban al ejército frances, y de quienes ya hicimos mencion.

Fué la respuesta del general Palafox ir al encuentro de los invasores; y con las pocas tropas que le quedaban, algunos paisanos y piezas de campaña se colocó fuera, no léjos de la ciudad, al amanecer del 15. Estaba á su lado el Marqués de Lazan y muchos oficiales, mandando la artillería el capitán don Ignacio Lopez. Pronto asomaron los franceses y trataron de acometer á los nuestros con su acostumbrado denuedo. Pero Palafox, viendo cuán superior era el número de sus contrarios, determinó retirarse, y ordenadamente pasó á Longares, pueblo seis leguas distante, desde donde continuó al puerto de Frasnó, cercano á Calatayud, queriendo engrosar su division con la que reunía y organizaba en dicha ciudad el Barón de Versages.

Semejante movimiento, si bien acertado en tanto que no se consideraba á Zaragoza con medios para defenderse, dejaba á esta ciudad del todo desamparada y á merced del enemigo. Así se lo imaginó fundadamente el general frances Lefebvre Desnouettes, y con sus 5 á 6.000 infantes y 800 caballos, á las nueve de la mañana del mismo 15, presentóse con ufanía delante de las puertas. Habian crecido dentro las angustias; no eran arriba de 200 los militares que quedaban, entre niños y otros soldados; los cañones, pocos y mal colocados, como gente á quien no guiaban oficiales de artillería, pues de los dos únicos con quien se contaba en un principio, D. Juan Cónsul y D. Ignacio Lopez, el último acompañaba á Palafox, y el primero, por órden suya, hallábase de comision en Huesca. El paisanaje andaba sin concierto, y por todas partes reinaba la indisciplina y confusion. Parecia, por tanto, que ningun obs-

táculo detendría á los enemigos, cuando el tiroteo de algunos paisanos y soldados desbandados los obligó á hacer parada y proceder precavidamente. De tan casual é impensado acontecimiento nació la memorable defensa de Zaragoza.

La perplejidad y tardanza del general frances alentó á los que habian empezado á hacer fuego, y dió á otros alas para ayudarlos y favorecerlos. Pero como áun no habia baterías ni resguardo importante, consiguieron algunos jinetes enemigos penetrar hasta dentro de las calles. Acometidos por algunos voluntarios y miñones de Aragon, al mando del coronel D. Antonio de Torres, y acosados por todas partes por hombres, mujeres y niños, fueron los más de ellos despedazados cerca de Nuestra Señora del Portillo, templo pegado á la puerta del mismo nombre.

Enfurecidos los habitantes, y con mayor confianza en sus fuerzas despues de la adquirida, si bien fácil, ventaja, acudieron, sin distincion de clase ni de sexo, adonde amagaba el peligro, y llevando á brazo los cañones ántes situados en el Mercado, plaza del Pilar y otros parajes desacomodados, los trasladaron á las avenidas por donde el enemigo intentaba penetrar, y de repente hicieron contra sus huestes horrosas descargas. Creyó entónces necesario el general frances emprender un ataque formal contra las puertas del Cármen y Portillo. Puso su mayor conato en apoderarse de la última, sin advertir que, situada á la derecha la Aljafería, eran flanqueadas sus tropas por los fuegos de aquel castillo, cuyas fortificaciones, aunque endebles, le resguardaban de un rebate. Así sucedió que los que le guarnecian, capitaneados por un oficial retirado, de nombre don Mariano Cerezo, militar tan bravo como patriota, escarmentaron la audacia de los que confiadamente se acercaban á sus muros. Dejéronlos aproximarse, y á quemaropa los ametrallaron. En sumo grado contribuyó á que fuera más certera la artillería en sus tiros un oficial sobrino del general Guillelmi, quien encerrado allí con su tio desde el principio de la insurreccion, olvidándose del agravio recibido, sólo pensó en no dar quiebra á su honra, y cumplió debidamente con lo que la patria exigia de su persona. Igualmente fueron los franceses repelidos en la puerta del Cármen, sosteniendo por los lados el tremendo fuego que de frente se les hacia, escopeteros esparcidos entre las tapias, alameda y olivares, cuya buena puntería causó en las filas enemigas notable matanza. Nadie rehusaba ir á la lid: las mujeres corrian á porfía á estimular á sus esposos y á sus hijos, y atropellando por medio del inminente riesgo, los socorrian con víveres y municiones. Los franceses, aturdidos al ver tanto furor y ardimiento, titubeaban, y crecia con

su vacilar el entusiasmo y valentía de los defensores. De nuevo, no obstante, y reiteradas veces embistieron la entrada del Portillo, desviándose de la Aljafería, y procurando cubrirse detras de los olivares y arboledas. Menester fué, para poner término á la sangrienta y reñida pelea, que sobreviniese la noche. Bajo su amparo se retiraron los franceses á media legua de la ciudad, y recogieron sus heridos, dejando el suelo sembrado de más de 500 cadáveres. La pérdida de los españoles fué mucho más reducida, abrigados de tapias y edificios. Y de aquella señalada victoria, que algunos llamaron de las Eras, resultó el glorioso empeño de los zaragozanos de no entrar en pacto alguno con el enemigo y resistir hasta el último aliento.

Fuera de sí aquellos vecinos con la victoria alcanzada, ignoraban todavía el paradero del general Palafox. Grande fué su tristeza al saber su ausencia, y no teniendo, fe en las autoridades antiguas ni en los demás jefes, los diputados y alcaldes de barrio, á nombre del vecindario, se presentaron luégo que cesó el combate, al corregidor é intendente D. Lorenzo Calvo de Rozas, que, hechura de Palafox, merecía su confianza. Instáronle para que hiciera sus veces, y condescendió con sus ruegos en tanto que aquél no volviera. Unia Calvo en su persona las calidades que el caso requería. Declarado abiertamente en favor de la causa pública, habíase fugado de Madrid, en donde estaba avecindado. Hombre de carácter firme y sereno, encerraba en su pecho, con apariencias de tibio, el entusiasmo y presteza de un alma impetuosa y ardiente. Autorizado, como ahora se veía, por la voz popular, y punzado por el peligro que á todos amenazaba, empleó con diligencia cuantos medios le sugeria el deseo de proteger contra la invasion extraña la ciudad que se ponía en sus manos.

Prontamente llamó al teniente de rey D. Vicente Bustamante para que expidiese y firmase á los de su jurisdiccion las convenientes órdenes. Mandó iluminar las calles, con objeto de evitar cualquiera sorpresa ó excesos; empezáronse á preparar sacos de tierra para formar baterías en las puertas de Sancho, el Portillo, Cármen y Santa Engracia; abriéronse zanjás ó cortaduras en sus avenidas; dispusiéronse á artillarlas, y se levantó en toda la tapia que circuía á la ciudad una banquetta, para desde allí molestar al enemigo con la fusilería. Prevínose á los vecinos en estado de llevar armas que se apostasen en los diversos puntos, debiendo alternar noche y dia, ocupáronse los niños y mujeres en tareas propias de su edad y sexo, y se encargó á los religiosos hacer cartuchos de cañon y fusil, cumpliéndose con tan buen deseo y ahinco aquellas

disposiciones, que á las diez de la noche se habia ya convertido Zaragoza en un taller universal, en el que todos se afanaban por desempeñar debidamente lo que á cada uno se habia encomendado.

Con más lentitud se procedió en la construccion de las baterías, por falta de ingeniero que dirigiese la obra. Sólo habia uno, que era D. Antonio San Genis, y éste habia sido el 15 llevado á la cárcel por los paisanos, que la conceptuaban sospechoso, habiendo notado que reconocia las puertas y la ronda de la ciudad. Ignoróse su suerte en medio de la confusion, pelea y agitacion de aquel día y noche, y sólo se le puso en libertad, por orden de Calvo de Rozas, en la mañana del 16. Sin tardanza trazó San Genis atinadamente várias obras de fortificacion, esmerándose en el buen desempeño, y ayudado, en lugar de otros ingenieros, por los hermanos Tabuena, arquitectos de la ciudad. Pintan estos pormenores, y por eso no son de más, la situacion de los zaragozanos, y lo apurados y escasos que estaban de recursos y de hombres inteligentes en los ramos entónces más necesarios.

Los franceses, atónitos con lo ocurrido el 15, juzgaron imprudente empeñarse en nuevos ataques ántes de recibir de Pamplona mayores fuerzas, con artillería de sitio, morteros y municiones correspondientes. Miétras que llegaba el socorro, queriendo Lefebvre probar la vio de la negociacion, intimó el 17 que, á no venir á partido, pasaria á cuchillo á los habitantes cuando entrase en la ciudad. Contestósele dignamente (3), y se prosiguió con mayor empeño en prepararse á la defensa.

(3) *Respuesta dada á la intimacion del general Lefebvre, comandante en jefe del ejército frances que sitiaba á Zaragoza, publicada en la Gaceta del 20 de Junio de 1808.*

«Zaragoza es mi cuartel general, á 18 de Junio.

» Si S. M. el Emperador envía á V. á restablecer la tranquilidad que nunca ha perdido este país, es bien inútil se tome S. M. estos cuidados. Si debo responder á la confianza que me ha hecho este valeroso pueblo, sacándome del retiro en que estaba para poner en mi mano su custodia, es claro que no llenaria mi deber abandonándole á la apariencia de una amistad tan poco verdadera.

» Mi espada guarda las puertas de la capital, y mi honor responde de su seguridad; no deben tomarse, pues, este trabajo esas tropas, que aun estarán cansadas de los días 15 y 16. Sean enhorabuena infatigables en sus lides; yo lo seré en mis empeños.

» Léjose de haberse apagado el incendio que levantó la indignacion española, á vista de tantas alevosías se eleva por momentos.

» Se conoce que las espías que V. paga son infieles. Gran parte de Cataluña se ha puesto bajo mi mando; lo mismo ha hecho otra no menor de Castilla. Los capitanes generales de ésta y de Valencia están unidos conmigo. Galicia, Extremadura, Astúrias y los cuatro reinos de Andalucía están resueltos á vengar sus agravios. Las tropas francesas cometen atrocidades indignas de hombres: saquean, insultan y matan impunemente á los

El general Palafox en tanto, vista la decision que habian tomado los zaragozanos de resistir á todo trance al enemigo, trató de hostigarle y llamar á otra parte su atencion. Unido al Baron de Versages, contaba con una division de 6.000 hombres y cuatro piezas de artillería. El 21 de Junio pasó en Almunia reseña de su tropa, y el 23 marchó sobre Épila. En aquella villa hubo jefes que notando el poco concierto de su tropa, por lo comun allegadiza, opinaron ser conveniente retirarse á Valencia, y no empeorar con una derrota la suerte de Zaragoza. Palafox, asistido de admirable presencia de ánimo, congregó su gente, y delante de las filas, exhortando á todos á cumplir con el duro, pero honroso deber que la patria les imponia, añadió que eran dueños de alejarse libremente aquellos á quienes no animase la conveniente fortaleza para seguir por el estrecho y penoso.

Seguro de sus soldados, hizo propósito Palafox de avanzar la mañana siguiente á la Muela, tres leguas de Zaragoza, queriendo coger á los franceses entre su fuerza y aquella ciudad. Pero barruntando éstos su movimiento, se le anticiparon, y acometieron á su ejército en Épila á las nueve de la noche, hora desusada y en la que dieron de sobresalto é impensadamente sobre los nuestros por haber sorprendido y hecho prisionera una avanzada, y tambien por el descuido con que todavía andaban nuestras inexpertas topas. Trabóse la refriega, que fué empeñada y reñida. Como los españoles se vieron sobrecogidos, no hubo orden premeditado de batalla, y los cuerpos se colocaron segun pudo cada uno en medio de la oscuridad. La artillería, dirigida por el muy inteligente oficial D. Ignacio Lopez, se señaló en aquella jornada, y algunos regimientos se mantuvieron firmes hasta por la mañana, que, sin precipitacion, tomaron la vuelta de Calatayud. En su número se contaba el de Fernan-do VII, que aunque nuevo, sostuvo el fuego por espacio de seis horas como si se compusiera de soldados veteranos. Tambien hombres sueltos de guardias españolas defendieron largo rato una batería de las más importantes. Disputaron, pues, unos y otros el terreno á punto que los franceses no los incomodaron en la retirada.

Palafox, convencido, no obstante, de que no era dado con tropas bisoñas combatir ventajosamente en campo raso, y de que sería más útil

que ningun mal les han hecho; ultrajan la religion, y queman sus sagradas imágenes en un modo inaudito.

» Ni esto ni el todo que V. observa, áun despues de los días 15 y 16, son propios para satisfacer á un pueblo valiente; V. hará lo que quiera y yo haré lo que debo.— B. L. M. de V.— *El General de las tropas de Aragon.*»

su ayuda dentro de Zaragoza, determinó, superando obstáculos, meterse con los suyos en aquella ciudad, por lo que, despues de haberse rehecho, y dejando en Calatayud un depósito al mando del Barón de Versages, dividió su corta tropa en dos pequeños trozos; encargó el uno á su hermano D. Francisco, y acaudillando en persona el otro, volvió el 2 de Julio á pisar el suelo zaragozano.

Ya habia allí acudido días ántes su otro hermano el Marqués de Lazan, que era el gobernador, con varios oficiales, á instancias y por aviso del intendente Calvo de Rozas. Deseaba éste un arrimo para robustecer aún más sus acertadas providencias, acordar otras, comprometer en la defensa á las personas de distincion que no lo estuviesen todavía, imponer respeto á la muchedumbre congregando una reunion escogida y numerosa, y afirmarla en su resolucion por medio de un público y solemne juramento. Para ello convocó el 25 de Junio una junta general de las principales corporaciones é individuos de todas clases, presidida por el de Lazan. En su seno expuso brevemente Calvo de Rozas el estado en que la ciudad se hallaba, y cuáles eran sus recursos, y excitó á los concurrentes á coadyuvar con sus luces y patriótico celo al sostenimiento de la causa comun. Conformes todos, aprobaron lo ántes obrado, se confirmaron en su propósito de vencer ó morir, y resolvieron que el 26 los vecinos, soldados, oficiales y paisanos armados prestarian en calles y plazas, en baterías y puertas un público y majestuoso juramento. Amaneció aquel día, y á una hora señalada de la tarde se pobló el aire de un grito asombroso y unánime, «de que los defensores de Zaragoza, juntos y separados, derramarian hasta la última gota de su sangre por su religion, su rey y sus hogares.»

Movió á curiosidad entre los enemigos la impensada agitacion que causó tan nueva solemnidad, y con ánsia de informarse de lo que pasaba, aproximóse á la línea española un comandante de polacos, acompañado de varios soldados; y aparentando deseos de tomar partido él y los suyos con los sitiados, pidió, como seguro de su determinacion, tratar con los jefes superiores. Salió Calvo de Rozas, indicó al comandante que se adelantase para conferenciar solos; hízolo así, mas á poco y alevosamente cercaron á Calvo los soldados del contrario. Encarónle las armas, y despues de preguntar lo que en Zaragoza ocurría, tuvo el comandante la descompuesta osadía de decirle que no era su intento desamparar sus banderas; que habia sólo inventado aquella artimaña para averiguar de qué provenia la inquietud de la ciudad, é intimar de nuevo por medio de una persona de cuenta la rendicion, siendo inevitable

que al fin se sometiesen los zaragozanos al ejército frances, tan superior y aguerrido. Añadióle que, á no consentir con lo que de él exigia, sería muerto ó prisionero. En vez de atemorizarse con la villana amenaza, reportado y sereno contestóle Calvo: «Harto conocidas son vuestras malas artes y la máscara de amistad con que encubris vuestras continuadas perfidias, para que desprevenido y no muy sobre aviso acudiera yo á vuestro llamamiento; los muertos y los prisioneros seréis vos y vuestros soldados si intentais traspasar las leyes admitidas aún entre naciones bárbaras. El castillo, de donde estamos tan proximos, á la menor señal mia disparará sus cañones y fusiles, que por disposicion anterior están ya apuntados contra vosotros.» Alteróse el polaco con la áspera contestacion, y reprimiendo la ira, suavizó su altanero lenguaje, ciñéndose á proponer al intendente Calvo una conferencia con sus generales. Vino en ello, y tomando la vénia del de Lazan, se escogió por sitio el frente de la batería del Portillo.

Todavía en el mismo dia avistáronse allí con Calvo y otros oficiales españoles, autorizados por el gobernador y vecindario, los generales franceses Lefebvre y Verdier, recién llegado. Limitáronse las pláticas á insistir éstos en la entrega de Zaragoza, ofreciendo olvido de lo pasado, respetar las personas y propiedades, y conservar á los empleados en sus destinos, con la advertencia que de lo contrario convertirían en cenizas la ciudad, y pasarian á cuchillo los moradores. Calvo contestó con brío, prometiendo, sin embargo, que daria cuenta de lo que proponian, y que en la mañana siguiente se les comunicaria la definitiva resolucion, en cuya conformidad pasó al campo frances D. Emeterio Barredo llevando consigo una respuesta (4), firmada por el Marqués de Lazan, en la que se desechaban las insidiosas proposiciones del enemigo.

(4) *Segunda y última respuesta dada al general del ejército frances que sitiaba á Zaragoza, en 27 de Junio de 1808.*

«El intendente de este ejército y reino me ha trasmitido las proposiciones que V. le ha hecho, reducidas á que yo permita la entrada en esta capital de las tropas francesas que están bajo su mando, que vienen con la idea de desarmar al pueblo, restablecer la quietud, respetar las propiedades y hacernos felices, conduciéndose como amigos, segun lo han hecho en los demas pueblos de España que han ocupado; ó bien, si no me conformáre á esto, que se rinda la ciudad á discrecion. Los medios que ha empleado el gobierno frances para ocupar las plazas que le quedan en España, y la conducta que ha observado su ejército, han podido persuadir á V. la respuesta que yo daria á sus proposiciones. El Austria, la Italia, la Holanda, la Polonia, Suecia, Dinamarca y Portugal presentan, no ménos que este pais, un cuadro muy exacto de la confianza que debe inspirar el ejército frances.

Claro era que estrechar el asedio y nuevas embestidas seguirían á repulsa tan temeraria, mayormente cuando los franceses habian engrosado su ejército y cuando se habia mejorado su posicion. Por aquellos dias, ademas de haberse desembarazado de Palafox, arrojándole de Épila, habian recibido de Pamplona y Bayona socorros de cuantía. Trájoslos el general Verdier , quien, por su mayor graduacion, reemplazó en el mando en jefe á Lefebvre, y no ménos fueron por de pronto reforzados que con 3.000 hombres, 30 cañones de grueso calibre, 4 morteros, 12 obuses y 800 portugueses á las órdenes de Gomez Freire. Fundadamente pensaron entónces que con buen éxito podrian vencer la tenacidad zaragozana.

Así fué que el mismo dia 27 renovaron el fuego, y dirigieron con particularidad su ataque contra los puestos exteriores. Repelidos con pérdida en las diversas entradas de la ciudad, de que quisieron apoderarse, no pudo impedirseles que se acercasen al recinto. Como en sus manobras se notó el intento de enseñorearse del monte Torrero, con diligencia se metieron en Zaragoza los víveres y municiones que estaban encerrados en aquellos almacenes; mas tan oportuna precaucion originó un desastre. A las tres de la tarde estremeciéronse todos los edificios, zumbando y resonando el aire con el disparo y caída de piedras, astillas y cascós. Tuviéronse los zaragozanos por muertos y como si fuesen á ser sepultados en medio de ruinas. Despavoridos y azorados huian de sus casas, ignorando de dónde provenia tanto ruido, turbacion y fracaso. Causábalo el haberse pegado fuego, por descuido de los conductores, á la pólvora que se almacenaba en el Seminario Conciliar, y éste y la manzana de casas contiguas y las que estaban en frente se volaron ó desplomaron, rompiéndose los cristales de la ciudad, con muertes y desdichas. Agregábase á la horrenda catástrofe la pérdida de pólvora tan necesaria en aquel tiempo, y en el que habia de todo apretada pobreza.

Y para que apareciese enteramente acrisolada la constancia aragonesa, los franceses, fiados en la desolacion y universal desconsuelo, reiteraron sus ataques en tan apurado momento. No se descorazonaron los

Esta ciudad y las valerosas tropas que la guardan han jurado morir ántes que sujetarse al yugo de la Francia, y la España toda, en donde sólo quedan ya restos del ejército trances, está resuelta á lo mismo.

Tenga V. presentes las contestaciones que le di ocho dias há, y los decretos de 31 de Mayo y 18 de este mes que se le incluyeron, y no olvide V. que una nacion poderosa y valiente, decidida á sostener la justa causa que defiende, es invencible, y no perdonan los delitos que V. ó su ejército cometan. Zaragoza, 26 de Junio de 1808.— Por el Capitan general de Aragon, EL MARQUES DE LAZAN.»

defensores, ántes bien enfurecidos hicieron que se malograra la tentativa de los enemigos, inhumana en aquella sazón.

Desde aquel día no trascurrió uno en que no hubiese reñidas contiendas, escaramuzas, salidas, acometimientos de sitiados y sitiadores. Largo sería é imposible referir hazañas tantas y tan gloriosas, rara vez empañadas con alguna bastarda acción.

Túvose, sin embargo, por tal lo ocurrido en el monte Torrero. El comandante á cuyo cargo estaba el puesto, de nombre Falcon, ora por connivencia, ora por desaliento, que es á lo que nos inclinamos, le desamparó vergonzosamente, y el enemigo, enseñoreándose de aquellas alturas, causó en breve notables estragos.

El vecindario por su parte, irritado de la conducta del comandante español, le obligó más adelante á que compareciese ante un consejo de guerra, y por sentencia, confirmada por el Capitan general, fué arcabuceado. La misma suerte cupo durante el sitio al coronel D. Rafael Pesino, gobernador de las Cinco Villas, y á otros de ménos nombre, acusados de inteligencia con el enemigo. Ejemplar castigo, tachado por algunos de precipitado, pero que miraron otros como saludable freno contra los que flaqueasen por tímidos ó tramasen alguna alevosía.

Empeñábase así la resistencia, y cobraban todos ánimo con los oficiales y soldados que á menudo acudían en ayuda de la ciudad sitiada. Llenó sobre todo de particular gozo la llegada, á últimos de Junio, de 300 soldados del regimiento de Extremadura al mando del teniente coronel D. Domingo Larripa, que vimos allá détenido en Tárrega, sin querer cumplir las órdenes de Duhesme, y también la que por entónces ocurrió de 100 voluntarios de Tarragona, capitaneados por el teniente coronel don Francisco Marcó del Pont. Compensábase con eso algún tanto el haber perdido las alturas de Torrero.

Mas, dueños los franceses de semejante posición, determinaron molestar la ciudad con balas, granadas y bombas. Para ello colocaron en aquella eminencia una batería formidable de cañones de grueso calibre y morteros. Levantaron otras en diversos puntos de la línea, con especialidad en el paraje llamado de la Bernardona, enfrente de la Aljefería. Preparados de este modo, al terminarse el 30 de Junio y á las doce de la noche rompieron el fuego, y dieron principio á un horroroso bombardeo. Los primeros tiros salvaron la ciudad sin hacer daño; acertáronlos, y las bombas, penetrando por las bóvedas de la fábrica antigua de la iglesia del Pilar y arruinando varias casas, empezaron á causar quebrantos y destrozos.

Al amanecer los vecinos, léjos de arredrarse á su vista, trabajaron á competencia y con sumo afan para disminuir las lástimas y desgracias. Construyéronse blindajes en calles y plazas, tratóse de torcer el curso del Huerba, y de aprovechar las aguas de una acequia de riego que en ocasiones corre por la ciudad, para apagar ahora con presteza cualquier incendio. Franqueáronse los sótanos, empleando dentro en trabajos útiles y que pedían resguardo á los que no eran llamados á guerrear. Para observar el fagonazo y avisar la llegada de las bombas, pusieronse atalayas en la torre que denominaban Nueva, si bien fabricada en 1504, la cual, elevándose en la plaza de San Felipe sola y sin arrimo, pareció acomodada al caso, aunque ladeada á la manera de la famosa de Pisa. No satisfechos los sitiados con estas obras y las ántes construidas, ideando otras, cortaron y zanjaron calles, atronaron casas y tapiales, apilaron sacos de tierra, trazaron y erigieron nuevas baterías, las cubrieron con cañones arrumbados por viejos en la Aljafería ó con los que sucesivamente llegaban de Lérida y Jaca, y en fin, quemaron y talaron las huertas y olivares, los jardines y quintas que encubrian los aproches del enemigo, perjudicando á la defensa. Sus dueños no solamente condescendian en la destruccion con desprendimiento magnánimo, sino que las más veces ayudaban con sus brazos al total asolamiento. Y cuando lidiando en otro lado descubrian la llama que devoraba el fruto de años de sudor y trabajo ó el antiguo solar de sus abuelos, ensoberbecíanse de cooperar así y con largueza á la libertad de la patria. ¿De qué no eran capaces varones dotados de virtudes tan esclarecidas?

Al bombardeo siguióse en la mañana del 1.º de Julio un ataque general en todos los puntos. Empezaron á batir la Aljafería y puerta del Portillo, mandada por D. Francisco Marcó del Pont, los fuegos de la Bernardona. La puerta del Cármen, encargada al cuidado de D. Domingo Larripa, fué casi al mismo tiempo embestida, y tampoco tardaron los enemigos en molestar la de Sancho, custodiada por el sargento mayor D. Mariano Renovales. Con todo, siendo su mayor empeño apoderarse de la del Portillo, hubo allí tal estrago, que muertos en una batería exterior todos los que la defendian, nadie osaba ir á reemplazarlos, lo cual dió ocasion á que se señalase una mujer del pueblo, llamada Agustina Zaragoza. Moza ésta de veinte y dos años, y agraciada de rostro, llevaba provisiones á los defensores cuando acaició el mencionado abandono. Notando aquella valerosa hembra el aprieto y desánimo de los hombres, corrió al peligroso punto, y arrancando la mecha, aún encendida, de un artillero que yacia por el suelo, puso fuego á una pieza, é hizo vo-

to de no desampararla durante el sitio sino con la vida. Imprimiendo su arrojo nueva audacia en los decaídos ánimos, se precipitaron todos á la batería, y renovóse tremendo fuego. Proeza muy semejante la de Agustina á la de María Pita en el sitio que pusieron los ingleses á la Coruña en 1589; fué premiada tambien de un modo parecido, y así como á aquella le concedió Felipe II el grado y sueldo de alférez vivo, remuneró Palafox á ésta con un grado militar y una pensión vitalicia.

Continuaba vivísimo el fuego, y nuestra artillería, muy certera, arretraba al enemigo, sin que hasta entónces hubiese oficial alguno de aquella arma que la dirigiese. No eran todavía las doce del día, cuando entre el horroroso y mortífero estruendo del cañon, se presentaron los subtenientes de aquel distinguido cuerpo, D. Jerónimo Piñeiro y D. Francisco Betbesé, que fugados de Barcelona, corrian apresuradamente á tomar parte en la defensa de Zaragoza. Sin descanso, despues de largo viaje y fatigoso tránsito, se pusieron, el primero á dirigir los fuegos de la entrada del Portillo, y el segundo los de la del Cármen. Con la ayuda de oficiales inteligentes, creció el brío en los nuestros y aumentóse el estrago en los contrarios. La noche cortó el combate, mas no el bombardeo, renovándose aquél al despuntar del alba con igual furia que el dia anterior. Las columnas enemigas con diversas maniobras intentaron enseñorearse del Portillo, y abierta brecha en la Aljafería, se arrojaron á asaltar aquella fortaleza; pero, fuese que no hallasen escalas acomodadas, ó fuese más bien la denodada valentía de los sitiados, los franceses, repelidos, se desordenaron y dispersaron en medio de los esfuerzos de jefes y oficiales. Otro tanto pasaba en el Portillo y Cármen. El Marqués de Lazan, durante el ataque, recorrió la línea en los puntos más peligrosos, remunerando á unos y alentando á otros con sus palabras.

Ya era entrada la tarde, desmayaban los enemigos, y los nuestros, familiarizándose más y más con los riesgos de la guerra, desconocidos al mayor número, redoblaron sus esfuerzos, alentados con un inesperado y para ellos halagüeño acontecimiento. De boca en boca y con rapidez se difundió que don José de Palafox estaba de vuelta en la ciudad y que pronto gozarian todos de su presencia. En efecto, penetrando en Zaragoza á las cuatro de la tarde de aquel día, que era el 2, aparecióse de repente en donde se lidiaba, y á su vista, arrebatados de entusiasmo, hicieron los nuestros tan firme rostro á los franceses, que, sin insistir éstos en nueva acometida, se contentaron con proseguir el bombardeo.

Viendo, sin embargo, que para aproximarse á las puertas era menester hacerse dueños de los conventos de San José y Capuchinos y otros

puntos extramuros, comenzaron por entónces á embestirlos. En el convento de San José, asentado á la derecha del rio Huerba, no habia otro amparo que el de las paredes, en cuyo macizo se habian abierto trone-ras. Asaltáronle 400 polacos, y repelidos con gran pérdida, tuvieron que aguardar refuerzo, y aún así no se posesionaron de aquel puesto sino al cabo de horas de pelea. No fueron más afortunados en el de Capuchinos, cercano á la puerta del Cármen. Lucharon los defensores cuerpo á cuerpo en la iglesia, en los claustros, en las celdas, y no desampararon el edificio hasta despues de haberle puesto fuego.

Tambien quisieron los franceses cercar la ciudad por la orilla izquierda del Ebro, principalmente á causa de los socorros que la libre comunicacion proporcionaba. Para estorbarla pensaron cruzar el rio, echando el 10 de Julio un puente de balsas en San Lamberto. Salió contra ellos el general Palafox con paisanos y una compañía de suizos que acababa de llegar. Batallaron largo tiempo, y vino con refuerzo á sostenerlos el intendente Calvo de Rozas, cuyo caballo fué derribado de una granada. Los enemigos no se atrevieron á pasar muy adelante, y aprovechando los nuestros el precioso respiro que daban, levantaron en el arrabal tres baterías, una en los Tejares, y las otras dos en el rastro de los Clérigos y en San Lázaro; de las que protegidos los labradores, se escopetearon várias veces con los franceses en el campo de las Ranillas y los ahuyentaron, distinguiéndose con frecuencia en la lid el famoso tio Jorge. Así que, los sitiadores no pudieron cerrar del todo las comunicaciones de Zaragoza, pero talaron los campos, quemaron las mieses, y extendiéndose hácia el Gállego, vióse desconsoladamente arder el puente de madera que da paso al camino carretero de Cataluña, y destruirse é incendiarse las aceñas y molinos harineros que abastecian la ciudad. Las angustias crecían, mas al par de ellas tambien el ardimiento de los sitiados. Se acopió la harina del vecindario para amasar solamente pan de municion, que todos comian con gusto, y para fabricar pólvora se establecieron molinos movidos por caballos, y se cogió el azufre en donde quiera que lo habia; se lavó la tierra de las calles para tener salitre, y se hizo carbon con la caña del cáñamo, tan alto en aquel país. No poco cooperó al acierto y direccion de estos trabajos, como de los demas que ocurrieron, el sabio oficial de artillería D. Ignacio Lopez, quien desde entónces hasta el fin del sitio fué uno de los pilares en que estribó la defensa zaragozana.

Eran estas precauciones tanto más necesarias, quanto no sólo los franceses ceñian más y más la plaza, sino que tambien previeron los si-

tiados que bien pronto intentarían destruir ó tomar los molinos de pólvora de Villafeliche, á doce leguas de Zaragoza, que eran los que la proveían. Así sucedió. El Barón de Versages, desde Calatayud, asomándose á las alturas inmediatas á aquel pueblo, impidió al principio que lograsen su objeto. Mas revolviendo sobre él los enemigos con mayores fuerzas, tuvo que replegarse y dejar en sus manos tan importantes fábricas.

En medio del tropel de desdichas que oprimian á los zaragozanos, permanecían constantes, sin que nada los abatiese. En continuada vella, desbarataban las sorpresas que á cada paso tentaban sus contrarios. El 17 de Julio, dueños ya éstos del convento de Capuchinos, sigilosamente á las nueve de la noche procuraron ponerse bajo el tiro de cañón de la puerta del Cármen. Los nuestros lo notaron, y en silencio también, aguardando el momento del asalto, rompieron el fuego y derribaron sin vida á los que se gloriaban ya de ser dueños del puesto. Con mayor furia renovaron los sitiadores sus ataques allí y en las otras puertas las noches siguientes, en todas infructuosamente; no habiendo podido tampoco apoderarse del convento de Trinitarios descalzos, sito extramuros de la ciudad.

En lucha tan encarnizada, los españoles á veces molestaban al enemigo con sus salidas, y no menos quisieron que adelantarse hasta el monte Torrero. Aparentando, pues, un ataque formal por el paseo, ántes deleitoso, que de la ciudad iba á aquel punto, dieron otros de sobresalto en medio del día en el campamento francés. Todo lo atropellaron, y no se retiraron sino cubiertos de sangre y despojos. Por las márgenes del Gállego midieron, igualmente, unos y otros sus armas en várias ocasiones, y señaladamente en 29 de Julio, en que nuestros lanceros sacaron ventaja á los suyos con mucha honra y prez, sobresaliendo en los reencuentros el coronel Butron, primer ayudante de Palafox.

Restaban aún nuevas y más recias ocasiones en que se emplease y resplandeciese la bizarría y firmeza de los zaragozanos. Noche y día trabajaban sus enemigos para construir un camino cubierto que fuese desde el convento de San José, por la orilla del Huerba, hasta las inmediaciones de la Bernardona, y á su abrigo colocar morteros y cañones, no mediando ya entre sus baterías y las de los españoles sino muy corta distancia.

Aguardábase por momentos una general embestida, y en efecto, en la madrugada del 3 de Agosto el enemigo rompió el fuego en toda la línea, cayendo principalmente una lluvia de bombas y granadas en el barrio de la ciudad situado entre las puertas de Santa Engracia y el Cármen, has-

ta la calle del Coso. El coronel de ingenieros francos Lacoste, ayudante de Napoleon, que habia llegado despues de comenzado el sitio, con razon juzgó no ser acertado el ataque ántes emprendido por el Portillo, y determinó que el actual se diese del lado de Santa Engracia, como más directo y como punto no flanqueado por el castillo. La principal batería de brecha estaba á 150 varas del convento, y constaba de seis piezas de á 16 y de cuatro obuses. Habian, ademas, establecido sobre todo el frente de ataque siete baterías, de las que la más lejana estaba del recinto 400 varas. A tal distancia y tan reconcentrado, fácil es imaginarse cuán terrible y destructor seria su fuego. Sea de propósito ó por acaso, notóse que sus tiros con particularidad se asestaban contra el hospital general, en que habia gran número de heridos y enfermos, los niños expósitos y los dementes. Al caer las bombas, hasta los más postrados, desnudos y despavoridos, saltaron de sus camas y quisieron salvarse. Grande desolacion fué aquélla. Mas con el celo y actividad de buenos patricios, muchos, en particular niños y heridos, se trasladaron á paraje más resguardado. Prosiguió todo aquel dia el bombardeo, conmoviéndose unos edificios, desplomándose otros, y causando todo junto tal estampido y estruendo, que se difundía y retumbaba á muchas leguas de Zaragoza.

Al alborar del 4 descubrieron los enemigos su formidable batería enfrente de Santa Engracia. No había en derredor del monasterio foso alguno, coronando sólo sus pisos várias piezas de artillería. Empezaron á batirle en brecha, acometiendo al mismo tiempo la entrada inmediata del mismo nombre, y distrayendo la atencion con otros ataques del lado del Cármen, Portillo y Aljafería. A las nueve de la mañana estaban arrasadas casi todas nuestras baterías y practicables las brechas. Palafox, presentándose por todas partes, corria adonde habia mayor riesgo y sostenia la constancia de su gente. En lo recio del combate propúsole Lefebvre Desnouettes «paz y capitulacion.» Respondióle Palafox «guerra á cuchillo.» A su voz atropellábanse paisanos y soldados á oponerse al enemigo, y abalanzándose á dicho monasterio de Santa Engracia, célebre por sus antigüedades y por ser fundacion de los Reyes Católicos, se mantenian dentro, sin que los arredrara ni el desplomarse de los pisos, ni la caida de las mismas paredes que amagaba. A todo hacian rostro, nada los desviaba de su temerario arrojo. Y no parecia sino que las sombras de los dos célebres historiadores de Aragon, Jerónimo Blancas y Zurita, cuyas cenizas allí reposaban, ahuyentadas del sepulcro al ruido de las armas y vagando por los atrios y bóvedas, los estimulaban y aguijaban á la pelea, representándoles vivamente los heroicos

hechos de sus antepasados, que tan verídica y noblemente habian transmitido á la posteridad. Tanto tenía de sobrehumano el porfiado lidiar de los aragoneses.

Al cabo de horas, y cuando el terreno quedaba, no sembrado, sino cubierto de cadáveres, y en torno suyo ruinas y destrozos, pudieron los franceses avanzar y salir á la calle de Santa Engracia. Pisando ya el recinto, vanagloriábanse de ser dueños de Zaragoza, y formados y con arrogancia se encaminaban al Coso.

Mas pesóles muy luégo su sobrada confianza. Cogidos y como enredados entre calles y casas, estuvieron expuestos á un horroroso fuego, que de todos lados se les hacia á manera de granizada. Cortadas las bocacalles y parapetados los defensores con sacas de algodón y lana, y detras de las paredes de las mismas casas, los abrasaron, por decirlo así, á quema-ropa por espacio de tres horas, sin que pudieran salir al Coso, donde desemboca la calle de Santa Engracia. Desesperanzaban ya los franceses de conseguirlo, cuando volándose un repuesto de pólvora que cerca tenian los españoles, con el daño y desórden que esta desgracia causó, fuéles permitido á los acometedores llegar al Coso y posesionarse de dos grandes edificios que hay en ambas esquinas, el del convento de San Francisco á la izquierda, y el hospital general á la derecha. En éste fué espantoso el ataque: prendióse fuego, y los enfermos que quedaban, arrojándose por las ventanas, caian sobre las bayonetas enemigas. Entre tanto los locos, encerrados en sus jaulas, cantaban, lloraban ó reian, segun la manía de cada uno. Los soldados enemigos, tan fuera de sí como los mismos dementes, en el ardor del combate mataron á muchos y se llevaron á otros al monte Torrero, de donde despues los enviaron. Mucha sangre habia costado á los franceses aquel dia, habiendo sido tan de cerca ofendidos; contáronse entre el número de los muertos oficiales superiores, y fué herido su mismo general en jefe Verdier.

Dueños de aquella parte, sentaron los enemigos sus águilas victoriosas en la cruz del Coso, templete con columnas en medio de la calle del mismo nombre. Todo parecia así perdido y acabado. El Marqués de Lazan, Calvo de Rozas y el oficial don Justo San Martin fueron los últimos que, á las cuatro de la tarde, despues de haberse volado el mencionado repuesto, desampararon la batería que enfilaba desde el Coso la avenida de Santa Engracia. Pero el segundo, no decayendo de ánimo, dirigióse por la calle de San Gil al arrabal, para desde allí juntar dispersos, rehacer su gente, traer los que custodiaban aquellos puntos, entónces no atacados, y con su ayuda prolongar hasta la noche su resistencia, aguar-

dando de fuera y ántes de la madrugada, segun verémos, auxilios y re- fuerzos.

Favoreció á su empresa lo ocurrido en el hospital general, y una equivocacion afortunada de los enemigos, quienes, queriendo encami- narse al puente que comunica con el arrabal, en vez de tomar la calle de San Gil, que tomó Calvo, y es la directa, desfilaron por el arco de Cineja, callejuela torcida que va á la Torrenueva. Aprovechándose los aragone- ses del extravío, los arremetieron en aquella estrechura y los acribilla- ron y despedazaron. Obligólos á hacer alto semejante choque, y en el en- tre tanto, volviendo el brigadier D. Antonio de Torres y Calvo del arrabal con 600 hombres de refresco y otros muchos que se le agregaron, desem- bocaron juntos y de repente en la calle del Coso, en donde estaba la co- lumnna francesa. Embistieron con 50 hombres escogidos, y el primero el anciano capitan Cerezo, que ya vimos en la Aljafería, yendo armado (pa- ra que todo fuera extraordinario) de espada y rodela, y bien unido con los suyos, se arrojaron todos como leones sobre los contrarios, sorpren- didos con el súbito y furibundo ataque. Acometieron los demas por di- versos puntos, y disparando desde las casas trabucazos y todo linaje de mortíferos instrumentos, acosados los franceses y aterrados, se dispersa- ron y recogieron en los edificios de San Francisco y hospital general.

Anocheció al cesar la pelea, y vueltos los españoles del primer so- bresalto, supieron por experiencia con cuánta ventaja resistirian al ene- migo dentro de las calles y casas. Sosteníales tan bien la firme esperanza de que con el alba apareceria delante de sus puertas un numeroso soco- rro de tropas, que así se lo habia prometido su idolatrado caudillo don José de Palafox.

Habia partido éste de Zaragoza, con su hermano D. Francisco, á las doce del día del 4, despues que los franceses, dueños del monasterio de Santa Engracia, estaban como atascados en las calles que daban al Co- so. Siguió á aquéllos más tarde el Marqués de Lazan. Presumíase con fundamento que no podrian los enemigos en aquel dia vencer los obstá- culos con que encontraban; más al mismo tiempo carecian de municio- nes, y menguando la gente, temíase que acabarian por superarlos si no llegaban socorros de fuera, y si, ademas, tropas de refresco no llenaban los huecos y animaban con su presencia á los fatigados, si bien heroicos, defensores. No estaban aquéllas léjos de la ciudad; pero dilatándose su entrada, pensóse que era necesario fuese Palafox en persona á acelerar la marcha. No quiso éste, sin embargo, alejarse ántes que le prometie- sen los zaragozanos que se mantendrian firmes hasta su vuelta. Hicié-

ronlo así, y teniendo fe en la palabra dada, convino en ir al encuentro de los socorros.

Correspondió á la esperanza el éxito de la empresa. A últimos de Junio habia, desde Cataluña, penetrado en Aragon el segundo batallon de voluntarios con 1.200 plazas, al mando del coronel don Luis Amat y Teran, 500 hombres de guardias españolas al del coronel D. José Manso, y ademas dos compañías de voluntarios de Lérida, cuya division se habia situado en Jelsa, diez leguas de Zaragoza. Cierto que con este auxilio y un convoy que bajo su amparo podria meterse en la ciudad sitiada, era dado prolongar la defensa hasta la llegada de otro cuerpo de 5.000 hombres, procedente de Valencia, que se adelantaba por el camino de Teruel. El tiempo urgia; no sobraba la más exquisita diligencia, por lo que, y á mayor abundamiento, despachóse al mismo Calvo de Rozas para enterar á Palafox de lo ocurrido despues de su partida y servir de punzante espuela al pronto envío de los socorros. Alcanzó el nuevo emisario al general en Villafranca de Ebro, pasaron juntos á Osera, cuatro leguas de Zaragoza, en donde á las nueve de la noche entraron las tropas alojadas ántes en Jelsa y Pina.

En dicho pueblo de Osera celebróse consejo de guerra, á que asistieron los tres Palafoxes con su estado mayor, el brigadier D. Francisco Osina, el coronel de artillería D. J. Navarro Sangran (estos dos procedentes de Valencia) y otros jefes. Informados por el intendente Calvo del estado de Zaragoza, sin tardanza se determinó que el Marqués de Lazan, con los 500 hombres de guardias españolas, formando la vanguardia, se metiese en la ciudad en la madrugada del 5; que con la demas tropa le siguiese D. José de Palafox, y que su hermano don Francisco quedase á la retaguardia con el convoy de víveres y municiones, custodiado tambien por Calvo de Rozas. Acordóse asimismo que para mantener con brío á los sitiados y consolarlos en su angustiada posicion, partiesen prontamente á Zaragoza como anunciadores y pregoneros del socorro el teniente coronel D. Emeterio Barredo y el tio Jorge, cuya persona rara vez se alejaba del lado de Palafox, siendo capitán de su guardia. Partiéronse todos á desempeñar sus respectivos encargos, y la oportuna llegada á la ciudad de los mencionados emisarios, desbaratando los secretos manejos en que andaban algunos malos ciudadanos, confortó al comun de la gente y provocó el más arrebatado entusiasmo.

A ser posible, hubiera crecido de punto con la entrada pocas horas despues del Marqués de Lazan. Retardóse la de su hermano y la del convoy por un movimiento del general Lefebvre Desnouettes, quien manda-

ba en jefe en lugar del herido Verdier. Habíanle avisado la llegada de Lazan y queria impedir la de los demas, juzgando acertadamente que le sería más fácil destruirlos en campo abierto que dentro de la ciudad. Palafox, desviándose á Villamayor, situado á dos leguas y media, en una altura desde donde se descubre Zaragoza, esquivó el combate y aguardó oportunidad de burlar la vigilancia del enemigo. Para ejecutar su intento con apariencia fundada de buen éxito, mandó que de Huesca se lo uniese el coronel D. Felipe Perena con 3.000 hombres que allí habia adiestrado, y despues, dejando á éstos en las alturas de Villamayor para encubrir su movimiento, y valiéndose tambien de otros ardidés, engañó al enemigo, y de mañana y con el sol entró el dia 8 por las calles de Zaragoza. Déjase discurrir á qué punto se elevaria el júbilo y contentamiento de sus moradores, y cuán difícil sería contener sus ímpetus dentro de un término conveniente y templado.

Los franceses, si bien sucesivamente habían acrecentado el número de su gente hasta rayar en el de 11.000 soldados, estaban descaecidos de espíritu, visto que de nada servian en aquella lid las ventajas de la disciplina, y que para ir adelante menester era conquistar cada calle y cada casa, arrancándolas del poder de hombres tan resueltos y constantes. Amilanáronse aún más con la llegada de los auxilios que en la madrugada del 5 recibieron los sitiados, y con los que se divisaban en las cercanías.

No por eso desistieron del propósito de enseñorearse de todos los barrios de la ciudad, y destruyendo las tapias, formaron detras líneas fortificadas, y construyeron ramales que comunicasen con los que estaban alojados dentro.

Desde el 5 hubo continuados tiroteos, peleábase noche y dia en casas y edificios, incendiáronse algunos, y fueron otros teatro de reñidas lides. En las más brilló con sus parroquianos el beneficiado D. Santiago Sas, y el tio Jorge. Tambien se distinguió en la puerta de Sancho otra mujer del pueblo, llamada Casta Alvarez, y mucho por todas partes doña María Consolacion de Azlor, condesa de Bureta. A ningun vecino atemorizaba ya el bombardeo, y avezados á los mayores riesgos, bastábales la separacion de una calle ó de una casa para mirarse como resguardados por un fuerte muro ó ancho foso. Debieran haberse eternizado muchos nombres que para siempre quedaron allí oscurecidos, pues siendo tantos, y habiéndose convertido los zaragozanos en denodados guerreros, su misma muchedumbre ha perjudicado á que se perpetúe su memoria.

Por entónces empezó á susurrarse la victoria de Bailén. Daban cré-

dito los sitiados á noticia para ellos tan plausible, y con desden y sonrisa la oían sus contrarios, cuando de oficio les fué á los últimos confirmada el dia 6 de Agosto. Procuróse ocultar al ejército, pero por todas parte se traslucia, mayormente habiendo acompañado á la noticia la órden de Madrid de que levantasen el sitio y se replegasen á Navarra. Meditaban los jefes franceses el modo de llevarlo á efecto, y hubieran bien pronto abandonado una ciudad para sus huestes tan ominosa, si no hubieran poco despues recibido contraórden del general Monthion, desde Vitoria, á fin de que ántes de alejarse aguardasen nuevas instrucciones de Madrid del jefe de estado mayor Belliard. Permanecieron, pues, en Zaragoza, y continuaron todavía unos y otros en sus empeñados choques y reencuentros. Los franceses con desmayo, los españoles con ánimo más levantado.

Así fué que el 8 de Agosto, luégo que entró Palafox, congregóse un consejo de guerra, y se resolvió continuar defendiendo con la misma tenacidad y valentía que hasta entónces todos los barrios de la ciudad, y en caso que el enemigo consiguiese apoderarse de ellos, cruzar el rio, y en el arrabal perecer juntos todos los que hubiesen sobrevivido. Felizmente su constancia no tuvo que exponerse á tan recia prueba, pues los franceses, sin haber pasado del Coso, recibieron el 31 la órden definitiva de retirarse. Llegó para ellos muy oportunamente, porque en el mismo dia, caminando á toda prisa, y conducida en carros por los naturales del tránsito la division de Valencia, al mando del mariscal de campo D. Felipe Saint-March, corrió á meterse precipitadamente en la ciudad invadida. Y tal era la impaciencia de sus soldados por arrojarse al combate, que sin ser mandados, y en union con los zaragozanos, embistieron á las seis de la tarde desafortadamente al enemigo. Hallábase éste á punto de desamparar el recinto, y al verse acometido apresuró la retirada, volando los restos del monasterio de Santa Engracia. En seguida se reconcentró en su campamento del monte Torrero, y dispuesto á abandonar tambien aquel punto, prendió por la noche fuego á sus almacenes y edificios, clavó y echó en el canal la artillería gruesa, destruyó muchos pertrechos de guerra, y al cabo se alejó al amanecer del 14 de las cercanías de Zaragoza. La division de Valencia con otros cuerpos siguieron su huella, situándose en los linderos de Navarra.

Terminóse así el primer sitio de Zaragoza, que costó á los franceses más de 3.000 hombres, y cerca de 2.000 á los españoles. Célebre y sin ejemplo, más bien que sitio pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y

personal denuedo llevaban ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas; pues aquellos triunfos eran tanto más asombrosos, cuanto en un principio, y los más señalados, fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos, que ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habian encallecido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera.

Al cerciorarse de la retirada de los franceses, prorumpieron los moradores de Zaragoza en voces de alegría, con loores eternos al Todopoderoso, y gracias rendidas á la Virgen del Pilar, que su devocion miraba como la principal protectora de sus hogares. No daba facultad el gozo para reparar en qué estado quedaba la ciudad : triste era verdaderamente. La parte ocupada por los sitiadores, arruinada; los tejados de la que habia permanecido libre, hundidos por las granadas y bombas. En unos parajes humeando todavía el fuego mal apagado, en otros desplomándose la techumbre de grandes edificios, y mostrándose en todos el lamentable espectáculo de la desolacion y la muerte.

Celebráronse el 25 magníficas exequias por los que habian fallecido en defensa de su patria, de quienes nunca mejor pudiera repetirse, con Pércles, «que en brevísimo tiempo y con breve suerte habian sin temor perecido en la cumbre de la gloria» (5). Concedió Palafox á los defensores muchos privilegios, entre los que con razon algunos se graduaron de desmedidos. Mas estoy otros desvíos desaparecieron y se ocultaron al resplandor de tantos é inmortales combates.

No desdijeron de aquella defensa las esclarecidas acciones que por entónces, y con el mismo buen éxito que las primeras, acaecieron en Cataluña. El Ampurdan habia imitado el ejemplo de los otros distritos de su provincia, y estaba ya sublevado cuando los franceses acometieron infructuosamente á Gerona la vez primera. El movimiento de sus somatenes fué provechoso á la defensa de aquella plaza, molestando con correrías las partidas sueltas del enemigo é interrumpiendo sus comunicaciones. Llevaron más allá su audacia, y apoyados en algunos soldados de la corta guarnicion de Rosas, bloquearon estrechamente el castillo de San Fernando de Figueras, defendido por solos 400 franceses con escasas vituallas. Despechados éstos de verse en apuro por la osadía de

(5) καί δι' ἐλαχίστην χαιροῦ τύχης ἅμα ἀχμῆς δόξης μάλλον ἤ τοῦ θεοῦ ἀπηλλαγμῆσαν.

(THUCYD., II, 42.)

meros paisanos, quisieron vengarse, incomodando con sus bombas á la villa, y arruinándola sin otro objeto que el de hacer daño. Mas hubiéranse quizá arrepentido de su bárbara conducta, si estando ya casi á punto de capitular, no los hubiera socorrido oportunamente el general Reille. Ayudante éste de Napoleon, habia por órden suya, llegado á Perpiñan, y reunido precipitadamente algunas fuerzas. Con ellas y un convoy tocó el 5 de Julio los muros de Figueras, y ahuyentó á los somatenes.

Persuadido Reille que Rosas, aunque en parte desmantelada, atizaba el fuego de la insurreccion y suministraba municiones y armas, intentó el 11 del mismo Julio tomarla por sorpresa; pero le salió vano su intento, habiendo sido completamente rechazado. A la vuelta tuvo que padecer bastante, acosado por los somatenes, que en varios otros reencuentros, señaladamente en el del Alfar, desbarataron á los franceses. Era su principal caudillo D. Juan Clarós, hombre de valor y muy práctico en la tierra.

Duhesme, por su parte, luégo que volvió á Barcelona, despues de habersele desgraciado su empresa de Gerona, no vivia ni descansaba tranquilo hasta vengar el recibido agravio. Juntó con premura los convenientes medios, y al frente de 6.000 hombres, un tren considerable de artillería, con municiones de boca y guerra, escalas y demas pertrechos conducentes á formalizar un sitio de Barcelona el 10 de Julio.

Confiado en el éxito de esta nueva expedicion contra Gerona, públicamente decia : *El 24 llego, el 25 la atacó, la tomo el 26, y el 27 la arraso.* Conciso como César en las palabras, no se lo asemejó en las obras. Por de pronto fué inquietado en todo el camino. Detuvieron á sus soldados entre Caldetas y San Pol las cortaduras que los somatenes habian abierto, y cuyo embarazo los expuso largo tiempo á los fuegos de una fragata inglesa y de varios buques españoles. Prosiguiendo adelante, se dividieron el 19 en dos trozos, tomando uno de ellos la vuelta de las asperezas de Vallgorquina, y el otro la ruta de la costa. De este lado tuvieron un reñido choque con la gente que mandaba D. Francisco Milans, y por el de la Montaña, vencidos varios obstáculos, con pérdidas y mucha fatiga llegaron el 20 á Hostalrich, cuyo gobernador D. Manuel O-Sullivan, de apellido extranjero, pero de corazon español y nacido en su suelo, contestó esforzadamente á la intimacion que de rendirse le hizo el general Goulas. Volviéndose á unir las dos columnas francesas despues de otros reencuentros, y juntas, avanzaron á Gerona, en donde el 24 se les agregó el general Reille con más de 2.000 hombres que traia de Figeras. Aunque á vista de la plaza, no la acometieron formalmente hasta principios

de Agosto, y como el no haber conseguido el enemigo su objeto dependió en mucha parte de haberse mejorado la situacion del principado con los auxilios que de fuera vinieron, y con el mejor orden que en él se introdujo, será conveniente que acerca de uno y otro echemos una rápida ojeada.

Habíase congregado en Lérida, á últimos de Junio, una junta general, en que se representaron los diversos corregimientos y clases del principado. Fué su primera y principal mira aunar los esfuerzos, que si bien gloriosos, habian hasta entónces sido parciales, combinando las operaciones, y arreglando la forma de los diversos cuerpos que guerreaban. Acordó juntar con ellos y otros alistados el número de 40.000 hombres, y buscó y encontró en sus propios recursos el medio de subvenir á su mantenimiento. Para lisonjear, sin duda, la opinion vulgar de la provincia, adoptó en la organizacion de la fuerza armada la forma antigua de los miqueletes. Motejóse con razon esta disposicion, como tambien el que dándoles mayor paga disgustase á los regimientos de línea. Los miqueletes, segun Melo, se llamaron ántes almogávares, cuyo nombre significa gente del campo, que profesaba conocer por señales ciertas el rastro de personas y animales. Mudaron su nombre en el de miquelets, en memoria, dice el mismo autor, de Miquelot de Prats, compañero del famoso César Borja. Pudo en aquel siglo, y áun despues, convenir semejante ordenacion de paisanos, aunque muchos lo han puesto en duda; mas de ningun modo era acomodada al nuestro, faltándole la conveniente disciplina y subordinacion.

Acudieron tambien á Cataluña, por el propio tiempo, parte de las tropas de las islas Baleares. Al principio se habian negado sus habitantes á desprenderse de aquellas fuerzas, temerosos de un desembarco; pero en Julio, más tranquilos, convinieron en que la guarnicion de Mahon, con el Marqués del Palacio, que mandaba en Menorca desde el principio de la insurreccion, se hiciese á la vela para Cataluña. Dicho general, si bien habia suscitado alteraciones, de que hubieran podido resultar males y abierta division entre las dos islas de Mallorca y Menorca, habíase, sin embargo, mantenido firmemente adicto á la causa de la patria, y contestado con dignidad y energía á las insidiosas propuestas que le hicieron los franceses de Barcelona y sus parciales.

El 20 de Julio salió, pues, de Menorca la expedicion, compuesta de 4.630 hombres, con muchos víveres y pertrechos, y el 23 desembarcó en Tarragona. Dió su llegada grande impulso á la defensa de Cataluña, y trasladándose sin tardanza de Lérida á aquel puerto la Junta del princi-

pado, nombró por su presidente al Marqués del Palacio, y se instaló solemnemente el 6 de Agosto.

Se empezó desde entónces en aquella parte de España á hacer la guerra de un modo mejor y más concertado. Al principio, sin otra guía ni apoyo que el valor de sus habitantes, redujose por lo general á ser defensiva y á incomodar separadamente al enemigo. Con este fin determinó el nuevo jefe tomar la ofensiva, reforzando la línea de somatenes que cubria la orilla del Llobregat. Escogió para mandar la tropa que enviaba á aquel punto al brigadier Conde de Caldagués, quien se juntó con el coronel Baguet, jefe de los somatenes. La presencia de esta gente incomodaba á Lecchi, comandante de Barcelona en ausencia de Duhesme, mayormente cuando por mar le bloqueaban dos fragatas inglesas, de una de las cuales era capitán el despues tan conocido y famoso lord Cochrane. Temíase el frances cualquiera tentativa, y creció su cuidado luégo que supo haber los somatenes recobrado el 31 á Mongat con la ayuda de dicho Cochrane, y capitaneados por D. Francisco Barceló.

No queriendo desperdiciar la ocasion, y valiéndose de la inquietud y sobresalto del enemigo, pensó el Marqués del Palacio en socorrer á Gerona. Al efecto, y creyendo que por sí y los somatenes podria distraer bastantemente la atencion de Lecchi, dispuso que el Conde de Caldagués saliese de Martorell el 6 de Agosto con tres compañías de Soria y una de granaderos de Borbon, al derredor de cuyo núcleo esperaba que se agruparian los somatenes del tránsito. Así sucedió, agregándose sucesivamente Milans, Clarós y otros al Conde de Caldagués, que se encaminó por Tarrasa, Sabadell y Granollers á Hostalrich. El 15 se aproximaron todos á Gerona, y en Castellá, celebrándose un consejo de guerra y de concierto con los de la plaza, se resolvió atacar á los franceses al dia siguiente. Contaban los españoles 10.000 hombres, por la mayor parte somatenes.

Veamos ahora lo que allí habia ocurrido desde que el enemigo la habia embestido en los últimos dias de Julio. El número de los sitiadores, si no se ha olvidado, ascendia á cerca de 9.000 hombres; el de los nuestros, dentro del recinto, á 2.000 veteranos, y ademas el vecindario, muy bien dispuesto y entusiasmado. Los franceses, fuese desacuerdo entre ellos, fuesen órdenes de Francia, ó más bien el trastorno que les causaban las nuevas que recibian de todas las provincias de, España, continuaron lentamente sus trabajos, sin intentar ántes del 12 de Agosto ataque formal. Aquel dia intimaron la rendicion, y desechadas que fueron sus proposiciones, rompieron el fuego á las doce de la noche del

13. Aviváronle el 14 y 15, acometiendo con particularidad del lado de Monjuich, nombre que se da, como en Barcelona, á su principal fuerte. Adelantaban en la brecha los enemigos, y muy luégo hubiera estado practicable, si los sitiados, trabajando con ahinco, y guiados por los oficiales de Ultonia, no se hubiesen empleado en su reparo.

Apurados, sin embargo, andaban á la sazón que el Conde de Caldagués, colocado con su división en las cercanías, trató, estando todos de acuerdo, de atacar en la mañana del 16 las baterías que los sitiadores habían levantado contra Monjuich. Mas era tal el ardimiento de los soldados de la plaza, que sin aguardar la llegada de los de Caldagués, y mandados por D. Narciso de la Valeta, D. Enrique O'Donnell y D. Tadeo Aldea, se arrojaron sobre las baterías enemigas, penetraron hasta por sus troneras, incendiaron una, se apoderaron de otra y quemaron sus montajes. Hízose luégo general la refriega; duró hasta la noche, quedando vencedores los españoles, no obstante la superioridad del enemigo en disciplina y orden. Escarmentados los franceses, abandonaron el sitio, y volviéndose Reille al siguiente día á Figueras, enderezó Duhesme sus pasos camino de Barcelona. Pero éste, no atreviéndose á pasar por Hostalrich, ni tampoco por la marina, ruta en varios puntos cortada y defendida con buques ingleses, se metió por enmedio de los montes, perdiendo carros y cañones, cuyo transporte impedían lo ágrío de la tierra y la celeridad de la marcha. Llegó Duhesme dos días después á la capital de Cataluña con sus tropas hambrientas y fatigadas y en lastimoso estado. Terminóse así su segunda expedición contra Gerona, no más dichosa ni lucida que la primera.

Llevada en España á feliz término esta que podemos llamar su primera campaña, será bien volver nuestra vista á la que al propio tiempo acabaron los ingleses gloriosamente en Portugal.

Había aquel reino proseguido en su insurrección, y padecido bastante algunos de sus pueblos con la entrada de los franceses. Cupo suerte aciaga á Leiria y Nazareth, habiendo sido igualmente desdichada la de la ciudad de Evora. Era en Portugal difícil el arreglo y unión de todas sus provincias, por hallarse interrumpidas las comunicaciones entre las del norte y mediodía, y arduo, por tanto, establecer un concierto entre ellas para lidiar ventajosamente contra los franceses. La Junta de Oporto, animada de buen celo, mas desprovista de medios y autoridad, procedía lentamente en la organización militar, y de Galicia, con escasez y tarde, le llegaron cerca de 2.000 hombres de auxilio. La Junta de Extremadura envió por su lado una corta división, á las órdenes de D. Federico More-

ti, con cuya presencia se fomentó el alzamiento del Alentejo, en tal manera grave á los ojos de Junot, que dió orden á Loison para pasar prontamente á aquella provincia, desamparando la Beira, en donde este general estaba, despues de haber inútilmente pisado los lindes de Salamanca y las orillas de Duero. Supieron portugueses y españoles que se acercaban los enemigos, y al mando aquéllos del general Francisco de Paula Leite, y los nuestros al del brigadier Moreti, los aguardaron fuera de las puertas de Evora, dentro de cuyos muros se habia instalado la Junta suprema de la provincia. Era el 29 de Julio, y las tropas aliadas, no ofreciendo sino un conjunto informe de soldados y paisanos mal armados y peor disciplinados, se dispersaron en breve, recogiendo parte de ellos á la ciudad. Los enemigos avanzaron; mas tuvieron dentro que vencer la pertinaz resistencia de los vecinos y de muchos de los españoles refugiados allí despues de la accion, y que, guiados por Moreti, y sobre todo por D. Antonio María Gallego, disputaron á palmas algunas de las calles. El último quedó prisionero. La ciudad fué entregada por el enemigo á saco, desahogando éste horrorosamente su rabia en casas y vecinos. Moreti con el resto de su tropa se acogió á la frontera de Extremadura. En ella y en la plaza de Olivenza reunia los dispersos el general Leite. Tambien al mismo tiempo se ocupaba en el Algarbe el Conde de Castromarin en allegar y disciplinar reclutas; mas tan loables esfuerzos, así de esta parte, como otros parecidos en la del norte de Portugal, no hubieran probablemente conseguido el anhelado objeto de libertar el suelo lusitano de enemigos, sin la pronta y poderosa cooperacion de la Gran Bretaña.

Desde el principio de la insurreccion española habia pensado aquel gobierno en apoyarla con tropas suyas. Así se lo ofreció á los diputados de Galicia y Astúrias en caso que tal fuese el deseo de las juntas; mas éstas prefirieron á todo los socorros de municiones y dinero, teniendo por infructuoso, y aún quizá perjudicial, el envío de gente. Era entónces aquella opinion la más acreditada, y fundábase en cierto orgullo nacional loable, mas hijo en parte de la inexperiencia. Daba fuerza y séquito á dicha opinion el desconcepto en que estaban en el continente las tropas inglesas, por haberse hasta entónces malogrado, desde el principio de la revolucion francesa, casi todas sus expediciones de tierra. Sin embargo, al paso que amistosamente no se admitió la propuesta, se manifestó que si el gobierno de S. M. B. juzgaba oportuno desembarcar en la península alguna division de su ejército, sería conveniente dirigirla á las costas de Portugal, en donde su auxilio serviria de mucho á los españoles, poniéndolos á salvo de cualquiera empresa de Junot.

Abrazó la idea el ministerio inglés, y una expedicion preparada ántes de levantarse España, y segun se presume, contra Buenos-Aires, mudó de rumbo, y recibió la órden de partir para las costas portuguesas. Púsose á su frente al teniente general sir Arthuro Wellesley, conocido despues con el nombre de Duque de Wellington, y de quien darémos breve noticia, siendo muy principal el papel que representó en la guerra de la península.

Cuarto hijo sir Arturo del Vizconde Wellesley, conde de Mornington, habia nacido en Irlanda en 1769, el mismo año que Napoleon. De Eton pasó á Francia, y entró en la escuela militar de Angeres para instruirse en la profesion de las armas. Comenzó su carrera en la desastrada campaña que en 1793 acaudilló en Holanda el Duque de Yorck, donde se distinguió por su valor. Detenido á causa de temporales, no se hizo á la vela para América en 95, segun lo intentaba, y sólo en 97 se embarcó con direccion á opuestas regiones, yendo á la India Oriental en compañía de su hermano mayor, el Marqués de Wellesley, nombrado gobernador. Se aventajó por su arrojo y pericia militar en la guerra contra Tipoo-Saib y los máratas, ganándoles con fuerzas inferiores la batalla decisiva de Assie. En 1805, de vuelta á Inglaterra, tomó asiento en la cámara de los comunes y se unió al partido de Pitt. Nombrado secretario de Irlanda, capitaneó despues la tropa de tierra que se empleó en la expedicion de Copenhague. Hombre activo y resuelto, al paso que prudente, gozando ya de justo y buen concepto como militar, sobremanera aumentó su fama en las venturosas campañas de la península española.

Contaba ahora la expedicion de su mando 10.000 hombres, los que, bien provistos y equipados, dieron la vela de Cork el 12 de Julio. Al emparejar con la costa de España, paráronse delante de la Coruña, en donde desembarcó el 20 su general Wellesley. Andaba á la sazón aquella junta muy atribulada con la rota de Rioseco, y nunca podrian haber llegado más oportunamente los ofrecimientos ingleses, en caso de querer admitirlos. Reiterólos su jefe; pero la Junta insistió en su dictámen, y limitándose á pedir socorros de municiones y dinero, indicó como más conveniente el desembarco en Portugal. Prosiguieron, pues, su rumbo, y poniéndose de acuerdo el general de la expedicion con sir Cárlos Cotton, que mandaba el crucero frente de Lisboa, determinó echar su gente en tierra en la bahía de Mondego, fondeadero el más acomodado.

No tardó Wellesley en recibir aviso de que otras fuerzas se le juntarian, entre ellas las del general Spencer, ántes en Jerez y Puerto de Santa María, y tambien 10.000 hombres procedentes de Suecia, al man-

do de sir Juan Moore. Reunidas que fuesen todas estas tropas con otros cuerpos sueltos, debian ascender en su totalidad á 30.000 hombres, incluso 2.000 de caballería; pero con noticia tan placentera recibió otra el general Wellesley, por cierto desagradable. Era, pues, que tomaría el mando en jefe del ejército sir H. Dalrymple, haciendo de segundo, bajo sus órdenes, sir H. Burrard. Recayó el nombramiento en el primero porque, habiendo seguido buena correspondencia con Castaños y los españoles, se creyó que así se estrecharian los vínculos entre ambas naciones con la cumplida armonía de sus respectivos caudillos.

No obstante la mudanza que se anunciaba, previnose al general Wellesley que no por eso dejase de continuar sus operaciones con la más viva diligencia. Autorizado éste con semejante permiso, y quizá estimulado con la espuela del sucesor, trató sin dilacion de abrir la campaña. Desembarcadas ya todas sus tropas en 5 de Agosto, y arribando con las suyas el mismo dia el general Spencer, pusieronse el 9 en marcha hácia Lisboa. El 12 se encontraron en Leiria con el general portugues Bernardino Freire, que mandaba 6.000 infantes y 600 caballos de su nacion. No se avinieron ambos jefes. Desaprobaba el portugues la ruta que queria tomar el británico, temeroso de que, descubierta Coimbra, fuese acometida por el general Loison, quien, de vuelta ya del Alentejo, habia entrado en Tomar. Por tanto permaneció por aquella parte, cediendo solamente á los ingleses 1.400 hombres de infantería y 250 de caballería, que se les incorporaron. Wellesley prosiguió adelante, y el 15 avanzó hasta Caldas.

El desembarco de sus tropas habia excitado en Lisboa y en todos los pueblos extremado júbilo y alegría, enflaqueciendo el ánimo de Junot y los suyos. Preveian su suerte, principalmente estando ya noticiosos de la capitulacion de Dupont y retirada de José al Ebro. Derramadas sus fuerzas, no ofrecian en ningun punto suficiente número para oponerse á 15.000 ingleses que avanzaban. Tomó, sin embargo, Junot providencias activas para reconcentrar su gente en cuanto le era dable. Ordenó á Loison dirigirse á la Beira y flanquear el costado izquierdo de sus contrarios, y á Kellerman que ahuyentando las cuadrillas de paisanos de Alcázar de Sal y su comarca, evacuase á Setúbal y se le uniese. Negóse á prestarle ayuda Siniavin, almirante de la escuadra rusa fondeada en el Tajo, no queriendo combatir á no ser que acometiesen el puerto los buques ingleses.

Tampoco descuidó Junot celar que se mantuviese tranquila la populosa Lisboa, y para ello en nada acertó tanto como en dejar su gobierno

al cuidado del general Travot, de todos querido y apreciado por su buen porte. Custodiáronse con particular esmero los españoles que yacian en pontones, y se atendió á conservar libres las orillas del Tajo. Los franceses allí avecindados se mostraron muy aficionados á los suyos, y deseosos de su triunfo, formaron un cuerpo de voluntarios. El Conde de Bourmont y otros emigrados, á quienes durante la revolucion se habian prodigado en Lisboa favores y consuelo, se unieron á sus compatriotas, solicitando con instancia el mencionado conde que se le emplease en el estado mayor.

Tomadas estas disposiciones, parecióle á Junot ser ocasion de ponerse á la cabeza de su ejército, e ir al encuentro de los ingleses. Pero ántes habian éstos venido á las manos cerca de Roliza con el general Delaborde, quien saliendo de Lisboa el 6 de Agosto, y juntándose en Ovidos con el general Thomiers y otros destacamentos, habia avanzado á aquel punto al frente de 5.000 hombres.

Eran sus instrucciones no empeñar accion hasta que se le agregasen las tropas en varios puntos esparcidas, y limitarse á contener á los ingleses. No le fué lícito cumplir aquéllas, viéndose obligado á pelear con el ejército adversario. Habia éste salido de su campo de Caldas en la madrugada del 17 y encaminándose hácia Ovidos. Se extiende desde allí hasta Roliza un llano arenoso, cubierto de matorrales y arbustos, terminado por ágrías colinas, las que, prolongándose del lado de Columbeira, casi cierran, por su estrechura y tortuosidad, el camino que da salida al país situado á su espalda. Delaborde tomó posicion en un corto espacio que hay delante de Roliza, pueblo asentado en la meseta de una de aquellas colinas, y de cuyo punto dominaba el terreno que habian de atravesar los ingleses. Acercábanse éstos, divididos en tres trozos: mandaba el de la izquierda el general Ferguson, encargado de rodear por aquel lado la posicion de Delaborde y de observar si Loison intentaba incorporársele. El capitán Trant, con los portugueses, debia por la derecha molestar el costado izquierdo de los franceses, quedando en el centro el trozo más principal, compuesto de cuatro brigadas y á las órdenes inmediatas de sir Arturo, de cuyo número se destacó por la izquierda la del general Fane para darse la mano con la de Ferguson, del mismo modo que por la derecha y para sostener á los portugueses se separó la del general Hill.

Delaborde, no creyéndose seguro en donde estaba, con prontitud y destreza se recogió, amparado de su caballería, detras de Columbeira, en paraje de difícil acceso, y al que sólo daban paso unas barrancas de

pendiente áspera y con mucha maleza. Entónces los ingleses variaron la ordenacion del ataque, y uniéndose los generales Fane y Ferguson para rodear el flanco derecho del enemigo, acometieron su frente, de posicion muy fuerte, los generales Hill y Nightingale. Defendiéronse los franceses con gran bizarría, y cuatro horas duró la refriega. Delaborde, herido y perdida la esperanza de que se le juntára Loison, pensó entónces en retirarse, temeroso de ser del todo deshecho por las fuerzas superiores de sus contrarios. Primeramente retrocedió á Azambugeira, disputando el terreno con empeño. Hizo despues una corta parada, y al fin tomó el angosto camino de Runha, andando toda la noche para colocarse ventajosamente en Montechique. Perdieron los ingleses 500 hombres, 600 los franceses. Gloriosa fué aquella accion para ambos ejércitos; pues peleando briosamente, si favoreció á los últimos su posicion, eran los primeros en número muy superiores. Con la victoria recobraron confianza los soldados ingleses, menguada por anteriores y funestas expediciones; y de allí tomó principio la fama del general Wellesley, acrecentada despues con triunfos más importantes.

No habia Loison acudido á unirse con Delaborde, receloso de comprometer la suerte de su division. Sabia que los ingleses habian llegado á Leiria, le observaban de cerca los portugueses y unos 1.500 españoles que de Galicia habia traído el Marqués de Valladares; el país se mostraba hostil, y así, no sólo juzgó imprudente empeñarse en semejante movimiento, sino que tambien, abandonando á Tomar, siguió por Torres-Novas á Santaren, y el 17 se incorporó en Cercal con Junot. Los portugueses, luégo que le vieron léjos, entraron en Abrántes y se apoderaron de casi todo un destacamento que allí habia dejado.

Junot, por su parte, segun acabamos de indicar, se habia ya adelantado. El 15 de Agosto, despues de celebrar con gran pompa la fiesta de Napoleon, por la noche y muy á las calladas habia salido de Lisboa. Falsas nuevas y el estado de su gente le retardaron en la marcha, y no le fué dado ántes del 20 reunir sus diversas y separadas tropas. Aquel dia aparecieron juntas en Torres-Vedras, y se componian de 12.000 infantes y 1.500 caballos. Quedaban ademas las competentes guarniciones en Yélbs, Almeida, Peniche, Palmela, Santaren y en los fuertes de Lisboa. Mandaba la primera division francesa el general Delaborde, la segunda Loison, y Kellerman la reserva. La caballería y artillería se pusieron al cuidado de los generales Margaron y Taviel, y en la última arma mandaba la reserva el coronel entónces, y despues general, Foy, célebre y bajo todos respectos digno de loa.

Era más numeroso el ejército inglés. Se le habían agregado 3.000 hombres á las órdenes de los generales Anstruther y Acland, y constaba en todo de más de 18.000 combatientes. Carecía de la suficiente caballería, limitándose á 200 jinetes ingleses y 250 portugueses. Despues de la accion de Roliza no habia Wellesley perseguido á su contrario. Para proteger el desembarco en Maceira de los 4.000 hombres mencionados, habia avanzado hasta Vimeiro, en donde casi al propio tiempo se le anunció la llegada con 11.000 hombres de Sir Juan Moore. A éste le ordenó que saltase con su gente en tierra en Mondego, y que yendo del lado de Santaren, cubriese la izquierda del ejército. No tardó tampoco en saberse la llegada de Sir H. Burrard, nombrado segundo cabo de Dalrymple en el mando; noticia, por cierto, poco grata para el general Wellesley, que esperaba por aquellos dias coger nuevos laureles. Su plan de ataque estaba ya combinado. Con pleno conocimiento del terreno, tomando un camino costero, escabroso y estrecho, pensaba flanquear la posicion de Torres-Vedras, y colocándose en Mafra, interponerse entre Junot y Lisboa. Habia escogido aquellos vericuetos y ásperos sitios por considerarlos ventajosos para quien, como él, andaba escaso de caballería. Al aviso de estar cerca Burrard suspendió Wellesley su movimiento, y se avistó á bordo con aquel general. Conferenciaron acerca del plan concertado, y juzgando Burrard ser arriesgada cualquiera tentativa en tanto que Moore no se les uniese, dispuso aguardarle y que permaneciese su ejército en la posicion de Vimeiro.

Tuvo, empero, la dicha el general Wellesley de que Junot, no queriendo dar tiempo á que se juntasen todas las fuerzas británicas, resolvió atacar inmediatamente á las que en Vimeiro se mantenían tranquilas.

Está situado aquel pueblo no léjos del mar, en una cañada por donde corre el rio Maceira. Al norte se eleva una sierra, cortada al oriente por un escarpe, en cuya hondonada está el lugar de Toledo. En dicha sierra no habian al principio colocado los ingleses sino algunos destacamentos. Al sudoeste se percibe un cerro, en parte arbolado, que por detras continúa hácia poniente con cimas más erguidas. Seis brigadas inglesas ocupaban aquel puesto. Habia otras dos á la derecha del rio, en una eminencia escueta y roqueña, que se levanta delante de Vimeiro. En la cañada ó valle se situaron los portugueses y la caballería.

A las ocho de la mañana del 21 de Agosto se divisaron los franceses viniendo de Torres-Vedras. Imaginóse Wellesley ser su intento atacar la izquierda de su ejército, que era la sierra al norte; y como estaba desguarnecida, encaminó á aquel punto, una tras otra, cuatro de las seis bri-

gadas que coronaban las alturas de sudoeste, y que era su derecha. No habia sido tal el pensamiento de los franceses. Mas observando su general dicho movimiento, envió sucesivamente, para sostener á un regimiento de dragones hácia allí destacado, dos brigadas al mando de los generales Brenier y Solignac.

No por eso desistió Junot de proseguir en el plan de ataque que habia concebido, y cuyo principal blanco era la eminencia situada delante de Vimeiro, en donde estaban apostadas, segun hemos dicho, dos brigadas inglesas, las cuales se respaldaban contra otras dos que áun permanecian en las alturas de sudoeste.

Rompió el combate el general Delaborde, siguió á poco Loison, y por instantes arreció la pelea furiosamente. La reserva, bajo las órdenes de Kellerman, viendo que los suyos no se apoderaban de la eminencia, fué en su ayuda, y en uno de aquellos acometimientos hirieron á Foy. Rechazaban los ingleses á sus intrépidos contrarios, aunque á veces flaqueaba alguno de sus cuerpos. Junot en la reserva observaba y dirigia el principal ataque, sin descuidar su derecha. Mas en aquélla no tuvieron ventura los generales Solignac y Brenier, habiendo sido uno herido y otro prisionero.

A las doce del dia, despues de tres horas de inútil lucha, y disminuido el ejército frances con la pérdida de más de 1.800 hombres, determinaron sus generales retirarse á una línea casi paralela á la que ocupaban los ingleses. Éstos, con parte de su fuerza todavía intacta, consideraron entónces como suya la victoria, habiéndose apoderado de trece cañones, y sólo contando, entre muertos y heridos, unos 800 hombres. Parecia que era llegado el tiempo de perseguir á los vencidos con las tropas de refresco. Tal era el dictámen de sir Arturo Wellesley, sin que ya fuese dueño de llevarle á cabo. Durante la accion habia llegado al campo el general Burrard, á quien correspondia el mando en jefe. Con escrúpulo cortesano dejó á Wellesley rematar una empresa dichosamente comenzada. Pero al tratar de perseguir al enemigo, recobrando su autoridad, opúsose á ello, é insistió en aguardar á Moore. De prudencia pudo graduarse semejante opinion ántes de la batalla; tanta precaucion ahora, si no disfrazaba celosa rivalidad, excedia los limites de la timidez misma.

Los franceses por la tarde, sin ser incomodados, se fueron á Torres-Vedras. El 22 celebró Junot consejo de guerra, en el que acordaron abrir negociaciones con los ingleses por medio del general Kellerman, no dejando de continuar su retirada á Lisboa. Así se ejecutó; pero al tocar el negociador frances las líneas inglesas, habia desembarcado ya y toma-

do el mando sir H. Dalrymple, con lo que en ménos de dos dias tres generales se sucedieron en el campo británico; mudanza perjudicial á las operaciones militares y á los tratos que siguieron, apareciendo cuán erradamente á veces proceden áun los gobiernos más prácticos y advertidos. Propuso Kellerman un armisticio, conformóse el general inglés, y se nombró para concluirle á sir Arturo Wellesley. Convinieron los negociadores en ciertos artículos, que debian servir de base á un tratado definitivo. Fueron los más principales: 1.º Que el ejército frances evacuaría á Portugal, siendo transportado á Francia con artillería, armas y bagaje por la marina británica. 2.º Que á los portugueses y franceses avecindados no se les molestaria por su anterior conducta política, pudiendo salir del territorio portugues con sus haberes en cierto plazo. Y 3.º Que se consideraria neutral el puerto de Lisboa durante el tiempo necesario y conforme al derecho marítimo, á fin de que la escuadra rusa diese la vela sin ser á su salida incomodada por la británica. Señalóse una línea de demarcacion entre ambos ejércitos, quedando obligados recíprocamente á avisarse cuarenta y ocho horas de antemano, en caso de volver á romperse las hostilidades.

Miéntas tanto Junot habia el 23 entrado en Lisboa, en donde los ánimos andaban muy alterados.

Con la noticia de la accion de Roliza hubiérase el 20 conmovido la poblacion, á no haberla contenido con su prudencia el general Travot. Mas permaneciendo viva la causa de la fermentacion pública, hubieron los franceses de acudir á precauciones severas, y áun al miserable y frágil medio de esparcir falsas nuevas, anunciando que habian ganado la batalla de Vimeiro. De poco hubieran servido sus medidas y artificios, si oportunamente no hubiera llegado con su ejército el general Junot. A su vista, forzoso le fué al patriotismo portugues reprimir ímpetus inconsiderados.

Por otra parte, el armisticio tropezaba con obstáculos imprevistos. El general Bernardino Freire ágriamente representó contra su ejecucion, no habiendo tenido cuenta en lo estipulado, ni con su ejército, ni con la junta de Oporto, ni tampoco con el príncipe regente de Portugal, cuyo nombre no sonaba en ninguno de los artículos. Aunque justa hasta cierto punto, fué desatendida tal reclamacion. No pudo serlo la de sir C. Cotton, comandante de la escuadra británica, quien no quiso reconocer nada de lo convenido acerca de la neutralidad del puerto y de los buques rusos allí anclados. Tuvieron, pues, que romperse las negociaciones.

Mucho incomodó á Junot aquel inesperado suceso; y escuchando án-

tes que á sus apuros á la altivez de su pecho, engreido con no interrumpida ventura, dispúsose á guerrear á todo trance. Mas sin recursos, angustiados los suyos, y reforzados los contrarios con la division de Moore y un regimiento que el general Beresford traia de las aguas de Cádiz, se le ofrecian insuperables dificultades. Aumentábanse éstas con el brío adquirido por la poblacion portuguesa, la que despues de las victorias alcanzadas, de tropel acudia á Lisboa y estrechaba las cercanías. Carecia tambien de la conveniente cooperacion del almirante ruso, indiferente á su suerte y firme en no prestarle ayuda. Tal porte enfureció tanto más á Junot, cuanto la estancia de aquella escuadra en el Tajo habia sido causa del rompimiento de las negociaciones entabladas. Así, mal de su grado, solo y vencido de la amarga situacion de su ejército, cedió Junot y asintió á la famosa convencion concluida en Lisboa, el 30 de Agosto, entre el general Kellerman y J. Murray, cuartel-maestre del ejército inglés. El ruso ajustó por sí el 3 de Setiembre un convenio con el almirante inglés (6), segun el cual entregaba en depósito su escuadra al gobierno británico hasta seis meses despues de concluida la paz entre sus gobiernos respectivos, debiendo ser transportados á Rusia los jefes, oficiales y soldados que la tripulaban.

La convencion entre franceses é ingleses llamóse malamente de Cintra, por no haber sido firmada allí ni ratificada (7). Constaba de veinte y

(6) Artículos del convenio hecho entre el vice-almirante Siniavin, *caballero de la orden de San Alejandro*, y el almirante *Sir Carlos Cotton*, baronet, *para la redencion de la escuadra rusa anclada en la ribera del Tajo, publicados en la Gaceta extraordinaria de Lóndres* de 16 de Setiembre.

1.º Los navíos de guerra del Emperador de Rusia que están en el Tajo se entregarán inmediatamente al almirante Sir Carlos Cotton, con todas sus municiones; serán enviados á Inglaterra, en donde los tendrá S. M. B. como en depósito para restituir á S. M. I. seis meses despues de la conclusion de la paz entre S. M. B. y S. M. I. el Emperador de todas las Rusias.

2.º El vice-almirante Siniavin, con todos los oficiales, marinos y marineros que están á sus órdenes, volverán á Rusia, sin ninguna condicion ó estipulacion que les impida servir en lo sucesivo; serán convoyados por gente de guerra y navíos propios, á expensas de S. M. B.

Dado y concluido á bordo del navío *Tuairdai*, en el Tajo, y á bordo del *Ibernia*, navío de S. M. B. en la embocadura de la ribera, á 3 de Setiembre de 1808.— Signado.— DE SINIAVIN.— CÁRLOS COTTON.

(7) *Convencion definitiva para la evacuacion de Portugal por las tropas francesas, publicada en la Gaceta extraordinaria de Lóndres.*

«Los generales en jefe de los ejércitos inglés y frances en Portugal, habiendo determinado negociar y concluir un tratado para la evacuacion de este reino por las tropas

dos artículos, y ademas otros tres adicionales, partiendo de la base del armisticio ántes concluido. Los franceses no eran considerados como

francesas, sobre las bases del concluido el 22 del presente para una suspenson de armas, han habilitado á los infrascritos oficiales para negociarlo en su nombre, á saber: de parte del general en jefe del ejército británico al teniente coronel Murray, cuartel-maestre general, y de la del general en jefe del frances á Mr. Kellerman, general de division, á quienes han dado la facultad necesaria para negociar y concluir un convenio al efecto, sujetos, sin embargo, á su ratificacion respectiva, y á la del almirante comandante de la escuadra británica en la embocadura del Tajo. Los oficiales, despues de haber canjeado sus plenos poderes, se han convenido en los artículos siguientes:

1.º Todas las plazas y fuertes del reino de Portugal ocupados por las tropas francesas se entregarán al ejército británico en el estado en que se hallen al tiempo de firmarse este tratado. 2.º Las tropas francesas evacuarán á Portugal con sus armas y bagajes; no serán consideradas como prisioneras de guerra, y á su llegada á Francia tendrán libertad para servir. 3.º El gobierno inglés suministrará los medios de transporte para el ejército frances, que desembarcará en uno de los puertos de Francia entre Rochefort y Lorient inclusivamente. 4.º El ejército frances llevará consigo toda su artillería de calibre frances con lo á ella anejo. Toda la demas artillería, armas, municiones, como tambien los arsenales militares y navales, serán entregados al ejército y navíos británicos en el estado en que se hallen al tiempo de la ratificacion de este tratado. 5.º El ejército frances llevará consigo todos sus equipajes y todo lo que se comprende bajo el nombre de propiedad de un ejército, y se le permitirá disponer de la parte de ella que el Comandante en jefe juzgue inútil para embarcar. Del mismo modo todos los individuos del ejército tendrán libertad para disponer de su propiedad privada, con plena seguridad en lo sucesivo para los compradores. 6.º La caballería podrá embarcar sus caballos, así como tambien los generales y oficiales de cualquiera graduacion, quedando á disposicion de los comandantes británicos los medios de transportarlos; el número de caballos que podrán embarcar las tropas no excederá de 600, ni el de los jefes de 200. De todos modos, el ejército frances tendrá libertad para disponer de los que no puedan embarcarse. 7.º El embarco se hará en tres divisiones, y la última de ellas se compondrá de las guarniciones de las plazas, de la caballería, artillería, enfermos y equipaje del ejército. La primera division se embarcará dentro de siete dias de la fecha de la ratificacion. 8.º La guarnicion de Yélves y sus fuertes de Peniche y Palmela se embarcarán en Lisboa. La de Almeida en oporto ó en el puerto más cercano. 9.º Todos los enfermos ó heridos que no puedan embarcarse con las tropas se confían al ejército británico, cuyo gobierno pagará lo que gasten miéntras estén en este país, quedando de cuenta de la Francia abonarlo cuando marchen. El gobierno inglés proporcionará su vuelta á Francia por destacamentos como de 200 hombres á un tiempo. 10. Luégo que los barcos que lleven el ejército á Francia lo hayan desembarcado en los puertos arriba dichos, ó en cualquiera otro de aquel país adonde el temporal los fuerce á ir, se les proporcionará toda comodidad para volver á Inglaterra sin dilacion y seguridad, ó pasaporte para no ser apresados hasta que lleguen á un puerto amigo. 11. El ejército frances se reconcentrará en Lisboa y dos leguas al rededor. El inglés á tres leguas, por manera que haya siempre una entre los dos ejércitos. 12. Los fuertes de San Julian, Buxio y Cascaes serán ocupados por las tropas británicas cuando se ratifique este convenio. Lisboa y su ciudadela, con los fuer-

prisioneros de guerra, y debian los ingleses transportarlos á cualquier puerto occidental de Francia, entre Rochefort y Lorient. En el tratado se incluian las guarniciones de las plazas fuertes. Los españoles de-

tes y baterías, el lazareto y el fuerte de San José, los ocuparán cuando se embarque la segunda division, como tambien el puerto con todas las embarcaciones armadas. Las fortalezas de Yéves, Almeida, Peniche y Palmela se entregarán á las tropas británicas así que lleguen para ocuparlas. El general en jefe inglés noticiará á las guarniciones de estas plazas y á las tropas que las sitian este convenio para poner fin á las hostilidades. 13. Se nombrarán comisionados por ambas partes para acelerar la ejecucion de este convenio. 14. Si se suscitase alguna duda sobre la inteligencia de algun articulo, se interpretará á favor del ejército frances, 15. Desde la ratificacfon todas las deudas atrasadas de contribuciones, requisiciones, etc., no podrán reclamarse por el gobierno frances contra los portugueses ni ningun otro que resida en este país, pues todo lo que se haya pedido é impuesto despues que el ejército frances entró en Portugal por Diciembre de 1807, y no se haya pagado aún, queda cancelado, y se levantan los embargos puestos en los bienes de los deudores, para que se les restituyan y queden á su libre disposicion. 16. Todos los súbditos de Francia ó de cualquiera otra potencia su aliada ó amiga que se hallen en Portugal, con domicilio ó sin él, serán protegidos, sus propiedades serán respetadas, y tendrán libertad para acompañar al ejército frances ó permanecer aquí. En todo caso se les asegura su propiedad, con la libertad de retenerla ó de disponer de ella; y pasando el producto de la venta á Francia ó cualquier otro país adonde vayan á fijar su residencia, se les concede un año para el intento. Sin embargo, ninguna de estas estipulaciones podrá servir de pretexto para una especulacion comercial. 17. Ningun portugues será responsable por su conducta política durante la ocupacion de este país por el ejército frances, y todos los que han continuado en el ejercicio de sus empleos, ó que los han aceptado durante el gobierno frances, quedan bajo la proteccion de los comandantes ingleses, quienes los sostendrán para que no se les cause vejacion en sus personas y bienes; y podrán tambien aprovecharse de las estipulaciones del art. 16. 18. Las tropas españolas detenidas á bordo de los navíos en el puerto de Lisboa, serán entregadas al general en jefe inglés, quien se obliga á obtener de los españoles la restitution de los súbditos franceses, sean militares ó civiles, que hayan sido detenidos en España, sin haber sido hechos prisioneros en batalla ó en consecuencia de operaciones militares, sino con ocasion del 29 de Mayo y dias siguientes. 19. Inmediatamente se hará un canje de prisioneros de todas graduaciones que se hayan hecho en Portugal desde el principio de las presentes hostilidades. 20. Para la recíproca garantía de este convenio se entregarán rehenes de la clase de oficiales generales por parte del ejército frances, del inglés y de su armada. El oficial del ejército británico será restituido luégo que se dé cumplimiento á los artículos pertenecientes al ejército; el de la escuadra y el frances cuando las tropas hayan desembarcado en su país. 21. Se permitirá al general frances enviar un oficial á Francia con el presente convenio, y el almirante británico le dará una embarcacion que le convoye á Burdeos ó á Rochefort. 22. Se hará por que el almirante británico acomode á S. E. el general en jefe y oficiales principales del ejército frances á bordo de los navíos de guerra. Dado y concluido en Lisboa, á 30 de Agosto de 1808.— Firmado.— JORGE MURRAY.— KELLERMANN.

tenidos en pontones ó barcos en el Tajo se entregaban á disposicion del general inglés, en trueque de los franceses que, sin haber tomado parte en la guerra, hubieran sido presos en España. No eran, por cierto, muchos, y los más habian ya sido puestos en libertad. Entre los que todavía permanecian arrestados, soltó los suyos la junta de Extremadura, condescendiendo con los deseos del general inglés. El número de españoles que gemian en Lisboa presos ascendía á 3.500 hombres, procedentes de los regimientos de Santiago y Alcántara, de caballería, de un batallon de tropas ligeras de Valencia, de granaderos provinciales y varios piquetes; los cuales, bien armados y equipados, desembarcaron en Octubre, á las órdenes del mariscal de campo don Gregorio Laguna, en la Rápita de Tortosa y en los Alfaques. Los demas artículos de la convencion tuvieron sucesivamente cumplido efecto. Algunos de ellos suscitaron acaloradas disputas, sobre todo los que tenian relacion con la propiedad de los individuos. Esto, y falta de transportes, dilataron la partida de los franceses.

Causaba su presencia desagradable impresión, y tuvieron los ingleses que velar noche y dia para que no se perturbase la tranquilidad de Lisboa. No tanto ofendia á sus habitantes la franca salida que por la convencion se daba á sus enemigos, cuanto el poco aprecio con que en ella eran tratados el príncipe Regente y su gobierno. No se mentaba ni por acaso su nombre, y si en el armisticio habia cabido la disculpa de ser un puro convenio militar, en el nuevo tratado, en que se mezclaban intereses políticos, no era dado alegar las mismas razones. De aquí se promovió un reñido altercado entre la junta de Oporto y los genera-

Artículos adicionales.

1.º Los empleados civiles del ejército hechos prisioneros, sea por las tropas británicas ó por las portuguesas en cualquier parte de Portugal, serán restituidos, como de costumbre, sin canje.

2.º El ejército frances subsistirá de sus propios almacenes hasta el dia del embarco, y la guarnicion hasta la evacuacion de las fortalezas. El remanente de los almacenes se entregará en la forma acostumbrada al gobierno británico, quien se encarga de la subsistencia y caballos del ejército desde el tiempo referido hasta su llegada á Francia, con la condicion de ser reembolsado por el gobierno frances del exceso de gastos á la estimacion que por ambas partes se dé á los almacenes entregados al ejército inglés. Las provisiones que estén á bordo de los navíos de guerra de que está en posesion el ejército frances se tomarán en cuenta por el gobierno inglés, así como los almacenes de la fortaleza.

3.º El general en jefe de las tropas británicas tomará las medidas necesarias para restablecer la libre circulacion de los medios de subsistencia entre el país y la capital.— Dado, etc.

les ingleses. Al principio quisieron éstos aplacar el enojo de aquélla; mas al fin desconocieron su autoridad y la de todas las juntas creadas en Portugal. Restablecieron el 18 de Setiembre, conforme á instruccion de su gobierno, la regencia que al partir al Brasil habia dejado el príncipe D. Juan, y tan sólo descartaron las personas ausentes ó comprometidas con los franceses. Portugal reconoció el nuevo gobierno y se disolvieron todas sus juntas.

El 13 de Setiembre dió la vela Junot, y su nave dirigió el rumbo á la Rochela. El 30 todas sus tropas estaban ya embarcadas, y unas en pos de otras arribaron á Quiberon y Lorient. Faltaban las de las plazas, para cuya salida hubo nuevos tropiezos. El general español D. José de Arce, por órden de la junta de Extremadura, habia asediado el 7 de Setiembre á Yélbos, y obligado al comandante frances Girod de Novilars á encerrarse en el fuerte de La Lippe. Sobrado tardía era, en verdad, la tentativa de los españoles, y llevaba traza de haberse imaginado despues de sabida la convencion entre franceses é ingleses. Despacharon éstos, para cumplirla en aquella plaza, un regimiento, pero Arce y la junta de Extremadura se opusieron vivamente á que se dejase ir libres á los que sus soldados sitiaban. Cruzáronse escritos de una y otra parte, hubo várias y áun empeñadas explicaciones, mas al cabo se arregló todo amistosamente con el coronel inglés Graban. No anduvieron respecto de Almeida más dóciles los portugueses, quienes cercaban la plaza. Hasta primeros de Octubre no se removieron los obstáculos que se oponian á la entrega, y áun entónces hubo de serles á los franceses harto costosa. Libres ya y próximos á embarcarse en Oporto, sublevóse el pueblo de aquella ciudad con haber descubierto entre los equipajes ornamentos y alhajas de iglesia. Despojados de sus armas y haberes, debieron la vida á la firmeza del inglés sir Roberto Wilson, que mandaba un cuerpo de portugueses, conteniendo á duras penas la embravecida furia popular.

Con el embarco de la guarnicion de Almeida quedaba del todo cumplida la convencion llamada de Cintra. Fué penosa la travesía de las tropas francesas, maltratado el convoy por recios temporales. Cerca de 2.000 hombres perecieron, naufragando tripulaciones y trasportes, 22.000 arribaron á Francia, 29.000 habian pisado el suelo portuges. Pocos meses adelante los mismos soldados, aguerridos y mejor disciplinados, volvieron de refresco sobre España.

La convencion, no solamente indignó á los portugueses y fué censurada por los españoles, sino que tambien levantó contra ella el clamor de la Inglaterra misma. Llenos de satisfaccion y contento habian estado

sus habitantes al eco de las victorias de Roliza y Vimeiro. De ello fuimos testigos, y de los primeros. Traemos á la memoria que en 1.º de Setiembre y á cosa de las nueve de la noche, asistiendo á un banquete en casa de Mr. Canning, se anunció de improviso la llegada del capitán Campbell, portador de ambas nuevas. Estaban allí presentes los demás ministros británicos, y á pesar de su natural y prudente reserva, con las victorias conseguidas desabrocharon sus pechos con júbilo colmado. No menor se mostró en todas las ciudades y pueblos de la Gran Bretaña. Pero enturbióle bien luégo la capitulación concedida á Junot, creciendo el enojo á par de lo abultado de las esperanzas. Muchos decían que los españoles hubieran conseguido triunfo más acabado. Tan grande era el concepto del brío y pericia militar de nuestra nacion, exagerado entónces, como despues sobradamente deprimido al llegar derrotas y contratiempos. Aparecia el despecho y la ira hasta en los papeles públicos, cuyas hojas se orlaban con bandas negras, pintando tambien en caricaturas é impresos á sus tres generales colgados de un patíbulo afrentoso. Cundió el enojo de los particulares á las corporaciones, y las hubo que elevaron hasta el sólio enérgicas representaciones. Descolló entre todas la del cuerpo municipal de Lóndres. No en vano levanta en Inglaterra su voz la opinion nacional. A ella tuvieron que responder los ministros ingleses, nombrando una comision que informase acerca del asunto, y llamando á los tres generales Dalrymple, Burrard y Wellesley, para que satisficiesen a los cargos. Hubo en el examen de su conducta varios incidentes; mas al cabo, conformándose S. M. B. con el unánime parecer de la comision, declaró no haber lugar á la formacion de causa, al paso que desechó los artículos de la convencion cuyo contenido podria ofender ó perjudicar á españoles y portugueses. Decision que á pocos agradó, y sobre la que se hicieron justos reparos.

Nosotros creemos que si bien hubieran podido sacarse mayores ventajas de las victorias de Roliza y Vimeiro, fué, empero, de gran provecho el que se desembarazase á Portugal de enemigos. Con la convencion se consiguió pronto aquel objeto; sin ella quizá se hubiera empeñado una lucha más larga, y España, embarazada con los franceses á la espalda, no hubiera tan fácilmente podido atender á su defensa y arreglo interior.

Estas, pues, habian sido las victorias conseguidas por las armas aliadas ántes del mes de Setiembre en el territorio peninsular, con las que se logró despejar su suelo hasta las orillas del Ebro. Por el mismo tiempo fueron tambien de entidad los tratos y conciertos que hubo entre el

gobierno de S. M. B. y las juntas españolas, los cuales dieron ocasion á acontecimientos importantes.

Hablamos en su origen del modo lisonjero con que habian sido tratados los diputados de Asturias y Galicia. Se habian ido estrechando aquellas primeras relaciones, y ademas de los cuantiosos auxilios mencionados, y que en un principio se despacharon á España, fueron despues otros nuevos y pecuniarios. Creciendo la insurreccion y afirmándose maravillosamente, dió S. M. B. (8) una prueba solemne de adhesion á la causa de los españoles, publicando en 4 de Julio una declaracion por la que se renovaban los antiguos vínculos de amistad entre ambas naciones. Realmente estaban ya restablecidos desde primeros de Junio; pero, á mayor abundamiento, quísose dar á la nueva alianza toda autoridad por medio de un documento público y de oficio.

La union franca y leal de ambos países, y el tropel portentoso de inesperados sucesos, habian excitado en Inglaterra un vivo deseo de tomar partido con los patriotas españoles. No se limitó aquél á los naturales, no á aventureros ansiosos de buscar fortuna; cundió tambien á extranjeiros y subió hasta personajes célebres é ilustres. Los diputados españo-

(8) En la córte, palacio de la Reina, el 4 de Julio de 1808. Presente en el Consejo de S. M. el Rey.

Habiendo S. M. tomado en consideracion los esfuerzos gloriosos de la nacion española para libertar su país de la tiranía y usurpacion de Francia, y los ofrecimientos que ha recibido de várias provincias de España de su disposicion amistosa hácia este reino se ha dignado mandar y manda por la presente, de acuerdo con su Consejo privado:

- 1.º Que todas las hostilidades contra España de parte de S. M. cesen inmediatamente.
- 2.º Que se levante el bloqueo de todos los puertos de España, á excepcion de los que se hallen todavía en poder de los franceses.
- 3.º Que todos los navíos 6 buques pertenecientes á España sean libremente admitidos en los puertos de los dominios de S. M., como lo fueron antes de las hostilidades.
- 4.º Que todas las embarcaciones españolas que sean encontradas por la mar por los navíos ó corsarios de S. M. sean tratadas como las de las naciones amigas y se les permita hacer todo tráfico permitido á las neutrales.
- 5.º Que todos los navíos ó mercaderías pertenecientes á los individuos establecidos en las colonias españolas que fueren detenidos por los navíos de S. M. despues de la fecha de la presente, han de ser conducidos al puerto, y conservados cuidadosamente en segura custodia hasta que se averigue si las colonias donde residen los dueños de los referidos navíos ó efectos han hecho causa comun con España contra el poder de la Francia.

Y SS. EE. los comisionados de la real tesorería, los secretarios de Estado de S. M., los comisionados del almirantazgo y los jueces de los tribunales del viz-almirantazgo, han de tomar, para el cumplimiento de los anteriores artículos, las medidas que respectivamente les corresponden.— Firmado.— ÉSTEBAN COTERELL.

les, careciendo de la competente facultad, se negaron constantemente á escuchar semejantes solicitudes. Sería prolijo reproducir áun las más principales; contentarémolos con hacer mencion de dos de las más señaladas. Fué una la del general Dumourier: con ahinco solicitaba trasladarse á la península y tener allí un mando, ó por lo ménos ayudar de cerca con sus consejos. Figurábase que ellos y su nombre desbaratarian las huestes de Napoleon. Tachado de vário é inconstante en su conducta, y tambien de poco fiel á su patria, mal hubiera podido merecer la confianza de otra adoptiva. De muy diverso origen procedia la segunda solicitud, y de quien bajo todos respectos y por sus desgracias y las de su familia merecia otro miramiento y atencion. Sin embargo, no les fué dado á los diputados acceder al noble sacrificio que queria hacer de su persona el Conde de Artois (hoy Cárlos X de Francia), partiendo á España á pelear en las filas españolas.

Acompañaron á estas gestiones otras no dignas de olvido. Pocos dias habian corrido despues de la llegada á Lóndres de los diputados de Astúrias, cuando el Duque de Blacas (entónces conde) se les presentó á nombre de Luis XVIII, ilustre cabeza de la familia de Borbon, con objeto de reclamar el derecho al trono español que asistia á la rama de Francia, extinguida que fuese la de Felipe V. Evitando tan espinosa cuestion por anticipada, se respondió de palabra y con el debido acatamiento á la reclamacion de un príncipe desventurado y venerable, léjos todavía de imaginarse que la insurreccion de España le serviria de primer escalon para recuperar el trono de sus mayores. Más secamente se replicó á la nota que al mismo propósito escribió á los diputados, en favor de su amo, el Príncipe de Castelcicala, embajador de Fernando VII, rey de las Dos Sicilias. Provocó la diferencia en la contestacion el modo poco atento y desmañado con que dicho embajador se expresó, pues al paso que reivindicaba derechos de tal cuantía, estudiosamente áun en el estilo esquivaba reconocer la autoridad de las juntas. La relacion de estos hechos muestra la importancia que ya todos daban á la insurreccion de España, deprimida entónces y desfigurada por Napoleon.

Pero, si bien eran lisonjeros aquellos pasos, no podian fijar tanto la atencion de los diputados como otros negocios que particularmente interesaban al triunfo de la buena causa. Para su prosecucion se agregaron, en primeros de Julio, á los de Galicia y Astúrias los diputados de Sevilla, el teniente general D. Juan Ruiz de Apodaca y el mariscal de campo D. Adrian Jácome. Unidos, no solamente promovieron el envío de socorros, sino que ademas volvieron la vista al norte de Europa. Despacha-

ron á Rusia un comisionado; mas, fuese falta suya, ó que aquel gabinete no estuviese todavía dispuesto á desavenirse con Francia, la tentativa no tuvo ninguna resulta. Más dichosa fué la que hicieron para libertar la division española que estaba en Dinamarca á las órdenes del Marqués de la Romana, merced al patriotismo de sus soldados y á la actividad y celo de la marina inglesa.

Hubiérase achacado á desvarío, pocos meses antes, el figurarse siquiera que aquellas tropas á tan gran distancia de su patria y rodeadas del inmenso poder y vigilancia de Napoleon, pisarían de nuevo el suelo español, burlándose de precauciones, y áun sirviéndoles para su empresa las mismas que contra su libertad se habian tomado. Constaba á la sazón su fuerza de 14.198 hombres, y se componía de la division que en la primavera de 1807 habia salido de España con el Marqués de la Romana, y de la que estaba en Toscana, y se le juntó en el camino. Por Agosto de aquel año, y á las órdenes del mariscal Bernardotte, príncipe de Ponte-Corvo, ocupaban dichas divisiones á Hamburgo y sus cercanías, despues de haber gloriosamente peleado algunos de los cuerpos en el sitio de Stralsunda. Resuelto Napoleon á enseñorearse de España, juzgó prudente colocarlos en paraje más seguro, y con pretexto de una invasion en Suecia, los aisló y dividió en el territorio danés. Estrechólos así entre el mar y su ejército. Napoleon determinó que ejecutasen aquel movimiento en Marzo de 1808. Cruzó la vanguardia el pequeño Belt y desembarcó en Fionia. Le impidió atravesar el gran Belt é ir á Zelandia la escuadra inglesa que apareció en aquellas aguas. Lo restante de la fuerza española, detenida en el Sleswich, se situó despues en las islas de Langeland y Fionia y en la península de Jutlandia. Así continuó, excepto los regimientos de Astúrias y Guadalajara, que de noche y precavidamente consiguieron pasar el gran Belt y entrar en Zelandia. Las novedades de España, aunque alteradas y tardías, habian penetrado en aquel apartado reino. Pocas eran las cartas que los españoles recibian, interceptando el gobierno frances las que hablaban de mudanzas intentadas ó ya acaecidas. Causaba el silencio desasosiego en los ánimos, y aumentaba el disgusto el verse las tropas divididas y desparramadas.

En tal congoja, recibióse en Junio un despacho de D. Mariano Luis de Urquijo para que se reconociese y prestase juramento á José, con la advertencia «de que se diese parte si habia en los regimientos algun individuo tan exaltado que no quisiera conformarse con aquella soberana resolucion, desconociendo el interes de la familia real y de la nacion española.» No acompañaron á este pliego otras cartas ó correspondencia,

lo que despertó nuevas sospechas. También el 24 del mismo mes había al propio fin escrito al de la Romana el mariscal Bernardotte. El descontento de soldados y oficiales era grande, los susurros y hablillas muchos, y temíanse los jefes alguna sería desazon. Por tanto, adoptáronse para cumplir la orden recibida convenientes medidas, que no del todo bastaron. En Fionia salieron gritos de entre las filas de Almansa y Princesa de *viva España y muera Napoleon*, y sobre todo, el tercer batallón del último regimiento anduvo muy alterado. Los de Asturias y Guadalajara abiertamente se sublevaron en Zelandia, fué muerto un ayudante del general Fririon, y éste hubiera perecido si el coronel del primer cuerpo no le hubiese escondido en su casa. Rodeados aquellos soldados, fueron desarmados por tropas danesas. Hubo también quien juró con condición de que José hubiese subido al trono sin oposición del pueblo español cortapisa honrosa y que ponía á salvo la más escrupulosa conciencia, áun en caso de que obligase un juramento engañoso, cuyo cumplimiento comprometía la suerte é independencia de la patria.

Mas semejantes ocurrencias excitaron mayor vigilancia en el gobierno frances. Aunque ofendidos é irritados, calladamente aguantaban los españoles hasta poder, en cuerpo ó por separado, libertarse de la mano que los oprimía. El mismo general en jefe vióse obligado á reconocer al nuevo rey, dirigiéndole, como á Bernardotte, una carta harto lisonjera. La contradicción que aparece entre este paso y su posterior conducta se explica con la situación crítica de aquel general y su carácter; por lo que darémos de él y de su persona breve noticia.

Don Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, de una de las más ilustres casas de Mallorca, había nacido en Palma, capital de aquella isla. Su edad era la de cuarenta y seis años, de pequeña estatura, mas de complexion recia y enjuta, acostumbrado su cuerpo á abstinencia y rigor. Tenía vasta lectura, no desconociendo los autores clásicos, latinos y griegos, cuyas lenguas poseía. De la marina pasó al ejército al empezar la guerra de Francia en 1793, y sirvió en Navarra á las órdenes de su tío D. Juan Ventura Caro. Yendo de allí á Cataluña, ascendió á general, y mostróse entendido y bizarro. Obtuvo despues otros cargos. Habiendo ántes viajado en Francia, se le miró como hombre al caso para mandar la fuerza española que se enviaba al Norte. Faltábale la conveniente entereza, pecaba de distraído, cayendo en olvidos y raras contradicciones. Juguete de aduladores, se enredaba á veces en malos é inconsiderados pasos. Por fortuna, en la ocasion actual no tuvieron cabida aviesas insinuaciones, así por la buena disposición del Marqués, como también por

ser casi unánime en favor de la causa nacional la decision de los oficiales y personas de cuenta que le rodeaban.

Bien pronto, en efecto, se les ofreció ocasion de justificar los nobles sentimientos que los animaban. Desde Junio los diputados de Galicia y Astúrias habian procurado por medio de activa correspondencia ponerse en comunicacion con aquel ejército; mas en vano: sus cartas fueron interceptadas ó se retardaron en su arribo. Tambien el gobierno inglés envió un clérigo católico, de nombre Robertson, el que, si bien consiguió abocarse con el Marqués de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Miéntras tanto llegaron á Lóndres D. Juan Ruiz de Apodaca y D. Adrian Jácome, y como era urgente sacar, por decirlo así, de cautiverio á los soldados españoles de Dinamarca, concertáronse todos los diputados, y resolvieron que los de Andalucía enviasen al Báltico á su secretario el oficial de marina D. Rafael Lobo, sujeto capaz y celoso. Proporcionó buque el gobierno inglés, y haciéndose á la vela en Julio, arribó Lobo el 4 de Agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se habia apostado, á las órdenes de sir R. Keats, parte de la escuadra inglesa que cruzaba en los mares del Norte.

Don Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se habia despertado el cuidado de los franceses por la presencia y proximidad de dicha escuadra. Deseoso de avisar su venida, empleó Lobo inútilmente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzar, cuando el brioso arrojó del oficial de voluntarios de Cataluña D. Juan Antonio Fábregues puso término á la angustia. Habia éste ido con pliegos desde Langeland á Copenhague. A su vuelta, con propósito de escaparse, en vez de regresar por el mismo paraje, buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía, columbrando tres navíos ingleses fondeados á cuatro leguas de la costa, arrebatado de noble inspiracion, tiró del sable, y ordenó á los dos pescadores, únicos que gobernaban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía, ignorando su intento, arredróse y dejó caer el fusil de las manos. Con presteza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fábregues, si pronto y resuelto éste, dando al danés un sablazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados, pues, se vieron los dos pescadores á obedecer al intrépido español. Déjase discurrir de cuánto gozo se embargarían los sentidos de Fábregues al encontrarse á bordo con Lobo, como tambien cuánta sería la satisfaccion del último

cerciorándose de que la suerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los jefes españoles.

No desperdiciaron ni uno ni otro el tiempo, que entónces era á todos precioso. Fábregues, á pesar del riesgo, se encargó de llevar la correspondencia, y de noche y á hurtadillas le echó en la costa de Langeland un bote inglés. Avistóse á su arribo y sin tardanza con el comandante español, que tambien lo era de su cuerpo, D. Ambrosio de la Cuadra, confiado en su militar honradez; no se engañó, porque asintiendo éste á tan digna determinacion, prontamente y disfrazado despachó al mismo Fábregues para que diese cuenta de lo que pasaba al Marqués de la Romana. Trasladóse á Fionia, en donde estaba el cuartel general, y desempeñó en breve y con gran celo su encargo.

Causaron allí las nuevas que traia profunda impresion. Crítica era en verdad y apurada la posicion de su jefe. Como buen patricio, anhelaba seguir el pendon nacional; mas, como caudillo de un ejército, pesábale la responsabilidad en que incurriria si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hubiera quizá mantenido á no haberle estimulado con su opinion y consejo los demas oficiales. Decidióse, en fin, al embarco, y convino secretamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarle. Al principio se habia pensado en que se suspendiese hasta que, noticias del plan acordado las tropas que habia en Zelandia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo ántes de despertar el recelo de los franceses. Mas informados éstos de haber Fábregues comunicado con la escuadra inglesa, menester fué acelerar la operacion trazada.

Dieron principio á ella los que estaban en Langeland enseñoreándose de la isla. Prosiguió Romana, y se apoderó el 9 de Agosto de la ciudad de Nyborg, punto importante para embarcarse y repeler cualquier ataque que intentasen 3.000 soldados dinamarqueses existentes en Fionia. Los españoles acuartelados en Swendborg y Faaborg, al mediodía de la misma isla, se embarcaron para Langeland tambien el 9, y tomaron tierra desembarazadamente. Con más obstáculos tropezó el regimiento de Zamora, acantonado en Fridericia; engañóle don Juan de Kindelan, segundo de Romana, que allí mandaba. Aparentando desear lo mismo que sus soldados, dispúsose á partir y áun embarcó su equipaje; pero en el entretanto, no sólo dió aviso de lo que ocurría al mariscal Bernardotte, sino que, temiendo que se descubriese su perfidia, cautelosamente y por una puerta falsa se escapó de su casa. Amenazados por aquel desgraciado incidente, apresuráronse los de Zamora á pasar á Middlefahrt; y sin descanso caminaron desde allí por espacio de veinte y una horas, hasta

incorporarse en Nyborg con la fuerza principal, habiendo andado en tan breve tiempo más de diez y ocho leguas de España. Huido Kindelan y advertidos los franceses, parecia imposible que se salvaran los otros regimientos que habia en Jutlandia; con todo lo consiguieron dos de ellos. Fué el primero el de caballería del Rey. Ocupaba á Aarhuus, y por el cuidado y celo de su anciano coronel, fletando barcas salvóse y arribó á Nyborg. Otro tanto sucedió con el del Infante, tambien de caballería, situado en Manders, y por consiguiente más léjos y al Norte. No tuvo igual suerte el de Algarbe, único que allí quedaba. Retardó su marcha por indecision de su coronel, y aunque más cerca de Fionia que los otros dos, fué sorprendido por las tropas francesas. En aquel encuentro el capitan Costa, que mandaba un escuadron, al verse vendido prefirió acabar con su vida tirándose un pistoletazo. Imposible fué á los regimientos de Astúrias y Guadalajara acudir al punto de Corsoer, que se les habia indicado como el más vecino de Nyborg desde la costa opuesta de Zelandia. Desarmados ántes, segun hemos visto, y cuidadosamente observados, envolviéronlos las tropas danesas al ir á ejecutar su pensamiento. Así que, entre estos cuerpos, el de Algarbe de caballería, algunas partidas sueltas y varios oficiales ausentes por comision ó motivo particular, quedaron en el Norte 5.160 hombres, y 9.038 fueron los que unidos á Langeland y pasada reseña se contaron prontos á dar la vela. Abandonáronse los caballos, no habiendo ni trasportes ni tiempo para embarcarlos. Muchos de los jinetes no tuvieron valor para matarlos, y siendo enteros y viéndose solos y sin freno, se extendieron por la comarca y esparcieron el desórden y espanto.

D. Juan de Kindelan habia en el intermedio llegado al cuartel general de Bernardotte, y no contento con los avisos dados, descubrió al capitan de artillería D. José Guerrero, encargado por Romana de una comision importante en el Sleswic. Arrestáronle, y enfurecido con la alevosía de Kindelan, apellidóle traidor delante de Bernardotte, quedando aquél avergonzado y mirándole despues al soslayo los mismos á quienes servia; merecido galardón á su villano proceder. Salvó la vida á Guerrero la hidalga generosidad del mariscal frances, quien le dejó escapar y áun en secreto le proporcionó dinero.

Mas al paso que tan dignamente se portaba con un oficial honrado y benemérito, forzoso le fué, obrando como general, poner en práctica cuantos medios estaban á su alcance para estorbar la evasion de los españoles. Ya no era dado ejecutarlo por la violencia. Acudió á proclamas y exhortaciones, esparciendo ademas sus agentes falsas nuevas, y procu-

rando sembrar rencillas y desavenencias. Pero ¡cuán grandioso espectáculo no ofrecieron los soldados españoles, en respuesta á aquellos escritos y manejos! Juntos en Langeland, clavadas sus banderas en medio de un círculo que formaron, y ante ellas hincados de rodillas, juraron con lágrimas de ternura y despecho ser fieles á su amada patria y desechar seductores ofertas. No; la antigüedad, con todo el realce que dan á sus acciones el trascurso del tiempo y la elocuente pluma de sus egregios escritores, no nos ha trasmitido ningun suceso que á éste se aventaje. Nobles é intrépidos sin duda fueron los griegos cuando, unidos á la voz de Jenofonte para volver á su patria, dieron á las falaces promesas del Rey de Persia aquella elevada y sencilla respuesta (9): «Hemos resuelto atravesar el país pacíficamente si se nos deja retirarnos al suelo patrio, y pelear hasta morir si alguno nos lo impidiese.» Mas á los griegos no les quedaba otro partido que la esclavitud ó la muerte; á los españoles, permaneciendo sosegados y sujetos á Napoleon, con largueza se les hubieran dispensado premios y honores. Aventurándose á tornar á su patria, los unos, llegados que fuesen, esperaban vivir tranquilos y honrados en sus hogares; los otros, si bien con nuevo lustre, iban á empeñarse en una guerra larga, dura y azarosa, exponiéndose, si caian prisioneros, á la tremenda venganza del emperador de los franceses.

Urgiendo volver á España, y siendo prudente alejarse de costas dominadas por un poderoso enemigo, abreviaron la partida de Langeland, y el 13 se hicieron á la vela para Gotemburgo, en Suecia. En aquel puerto, entónces amigo, aguardaron trasportes, y ántes de mucho dirigieron el rumbo á las playas de su patria, en donde no tardáremos en verlos unidos á los ejércitos lidiadores.

Habiendo llegado los asuntos públicos, dentro y fuera del reino, á tal punto de pronta é impensada felicidad, cierto que no faltaba para que fuese cumplida sino reconcentrar en una sola mano ó cuerpo la potestad suprema. Mas la discordancia sobre el modo y lugar, las dificultades que nacieron de un estado de cosas tan nuevo, y rivalidades y competencias retardaron su nombramiento y formacion.

Perjudicó tambien á la apetecida brevedad la situacion en que quedó á la salida del enemigo la capital de la monarquía. Los moradores, au-

(9) Ημῖν δοχεῖ, ἦν μὲν τις ἐὰ ἡμᾶς ἀπιέναι οἴχαδε, διαπορέισθαι τὴν χώραν ὡς ἂν δυνώμεθα ἀσινέστατα ἦν δὲ τις ἡμας τῆς ἴδου ἀποχολύμ, διαπολεμεῖν τοῦτω, ὡς ἂν δυνώμεδα χράτιστα.

(XENOPHONTIS, *Cyr.*, 3.)

sentes unos, y amedrentados otros con el duro escarmiento del 2 de Mayo, ó no pudieron ó no osaron nombrar un cuerpo que, á semejanza de las demas provincias, tomase las riendas del gobierno de su territorio y sirviese de guía á todo el reino. Verdad es que Madrid, ni por su poblacion ni por su riqueza, no habiendo nunca ejercido, como acontece con algunas capitales de Europa, poderoso influjo en las demas ciudades, hubiese necesitado de mayor esfuerzo para atraerlas á su voz y acelerar su ayuntamiento y concordia. Con todo, hubiéranse al fin vencido tamaños obstáculos, si no se hubiera encontrado otro superior en el Consejo Real ó de Castilla, el cual, desconceptuado en la nacion por su incierta, tímida y reprehensible conducta con el gobierno intruso, tenía en Madrid todavía acérrimos partidarios en el numeroso séquito de sus dependientes y hechuras. Aunque érale dado, con tal arrimo, proseguir en su antigua autoridad, mantúvose quedó y como arrumbado á la partida de los franceses, ora por temor de que éstos volviesen, ora tambien por la incertidumbre en que estaba de ser obedecido. Al fin y poco despues tomó bríos, viendo que nadie le salía al encuentro, y sobre todo impelido del miedo con que á muchos sobrecogió un sangriento desman de la plebe madrileña.

Vivia en la capital, retirado y oscurecido, D. Luis Viguri, antiguo intendente de la Habana y uno de los más menguados cortesanos del Príncipe de la Paz, cuya desgracia, segun dijimos, le habia acarreado la formacion de una causa. Parece ser que no se aventajaba á la pública su vida privada, y que con frecuencia maltrataba de palabra y obra á un familiar suyo. Adiestrado éste en la mala escuela de su amo, luégo que se le presentó ocasion no la desaprovechó, y trató de vengarse. Un dia, y fué el 4 de Agosto, á tiempo que reinaba en Madrid una sorda agitacion, antojósele al malaventurado Viguri desfogar su encubierta ira en el tan repetidamente golpeado doméstico, quien encolerizado, apellidó en su ayuda al populacho, afirmando, con verdad ó sin ella, que su amo era partidario de José Napoleon. A los gritos arremolinóse mucha gente delante de las puertas de la habitacion. Asustado Viguri, quiso desde un balcon apaciguar los ánimos; pero los gestos que hacia para acallar el ruido y vocería, y poder hablar, fueron mirados por los concurrentes como amenazas é insultos, con lo que creció el enojo; y allanando la casa y cogiendo al dueño, le sacaron fuera é inhumanamente le arrastraron por las calles de Madrid.

Atemorizáronse, al oír la funesta desgracia, consejeros y cortesanos, estremeciéronse los de la parcialidad del intruso, y acongojéronse hasta los pacíficos y amantes del orden. Huérfana la capital, y sin nueva cor-

poracion que la rigiese, fácil le fué al Consejo, aprovechándose de aquel suceso y aprieto, recobrar el poder que se figuraba competirle. El bien comun y público sosiego pedian, no hay duda, el establecimiento de una autoridad estable y única, y lástima fué que el vecindario de Madrid no la hubiera por sí formado, y tal, que enfrenando las pasiones populares y atajando al Consejo en sus ambiciosas miras, hubiese aunado, repetimos, y concertado más prontamente las voluntades de las otras juntas.

No fué así; y el Consejo, destruyendo el impulso que Madrid hubiera podido dar, acrecentó con sus manejos y pretensiones los estorbos y enredos. Cuerpo autorizado con excesivas y encontradas facultades, habia en todos tiempos causado graves daños á la monarquía, y se imaginaba que no sólo gobernaria ahora á Madrid, sino que extenderia á todo el reino y á todos los ramos su poder é influjo. Admira tanta ceguedad y tan desapoderada ambicion en un tiempo en que escrupulosamente se escudriñaba su porte con el intruso, y en que hasta se le disputaba el legitimo origen de su autoridad. Así era que unos decian: «Si en realidad es el Consejo, segun pregona, el depositario de la potestad suprema en ausencia del Monarca, ¿qué ha hecho para conservar intactas las prerogativas de la corona? ¿Qué en favor de la dignidad y derechos de la nacion? Sumiso al intruso, ha reconocido sus actos, ó por lo ménos los ha proclamado; y los eflugios que ha buscado y las cortapisas que á veces ha puesto más bien llevaban traza de ser un resguardo que evitase su personal compromiso, que la oposicion justa y elevada de la primera magistratura del reino.» Otros, subiendo hasta la fuente de su autoridad: «Nacido el Consejo (decian) en los flacos y turbulentos reinados de los Juanes y Enriques, tomó asiento y ensanchó su poderío bajo Felipe II, cuando aquel monarca, intentando descuajar la hermosa planta de las libertades nacionales, tan trabajadas ya del tiempo de su padre, procuraba sustentar su dominacion en cuerpos amovibles á su voluntad y de eleccion suya, sin que ninguna ley fundamental de la monarquía ni las Córtes permitiesen tal como era su establecimiento, ni deslindasen las facultades que le competian. Desde entónces el Consejo, aprovechándose de los calamitosos tiempos en que débiles monarcas ascendieron al sόlio, se erigió á veces en supremo legislador, formando en sus autos acordados leyes generales, para cuya adopcion y circulacion no pedia el beneplácito ni la sancion real. Ingirióse tambien en el ramo económico, y manejó á su arbitrio los intereses de todos los pueblos, sobre no reconocer en la potestad judicial límites ni traba. Así acumulando en sí solo tan vasto poder, se remontaba á la cima de la autoridad soberana; y

descendiendo despues á entrometerse en la parte más ínfima, si no ménos importante, del gobierno, no podia construirse una fuente ni repararse un camino en la más retirada aldea ó apartada comarca sin que ántes hubiese dado su consentimiento. En union con la Inquisicion y asistido del mismo espíritu, al paso que ésta acortaba los vuelos al entendimiento humano, ayudábala aquél con sus minuciosas leyes de imprenta, con sus tasas y restricciones. Y si en tiempos tranquilos tanto perjuicio y tantos daños (añadian) nos ha hecho el Consejo, institucion monstruosa, de extraordinarias y mal combinadas facultades, consentidas, mas no legitimadas, por la voz nacional, ¿no tocara en frenesí dejarle con el antiguo poder cuando, al mismo tiempo que la nacion se libertaba con energía del yugo extranjero, el Consejo, que blasonaba ser cabecera del reino, se ha mostrado débil, condescendiente y abatido, ya que no se le tenga por auxiliador y cómplice del enemigo?».

Tales discursos no estaban desnudos de razon, aunque participasen algun tanto de las pasiones que agitaban los ánimos. En su buen tiempo el Consejo se habia, por lo general, compuesto de magistrados íntegros, que con imparcialidad juzgaban los pleitos y desavenencias de los particulares: entre ellos se habian contado hombres profundos, como los Macanaces y Campománes, que con gran caudal de erudicion y sana doctrina se habian opuesto á las usurpaciones de la curia romana y procurado por su parte la mejora y adelantamientos de la nacion. Pero era el Consejo un cuerpo de solos 25 individuos, los cuales, por la mayor parte ancianos y meros jurisperitos, no habian tenido ocasion ni lugar de extender sus conocimientos ni de perfeccionarse en otros estudios. Ocupados en sentenciar pleitos, responder á consultas y despachar negocios de comisiones particulares, no solamente faltaba á los más el saber y práctica que requieren la formacion de buenas leyes y el gobierno de los pueblos, sino que tambien, escasos de tiempo, dejaban á subalternos ignorantes ó interesados la resolucion de importantísimos expedientes. Mal grave y sentido de todos de tan antiguo, que ya en 1751 propuso al Rey el célebre ministro Marqués de la Ensenada despojar al Consejo de lo concierne á gobierno, policía y economía, dejándole reducido á entender en la justicia civil y criminal y asuntos del real patronato.

No le iba, pues, bien al Consejo insistir ahora en la conservacion de sus antiguas facultades y aún en darles mayor ensanche. Con todo, tal fué su intento.

Seguro ya de que su autoridad sería en Madrid respetada, dirigióse á los presidentes de las juntas y á los generales de los ejércitos: á éstos para

que se aproximasen á la capital; á aquéllos para que diputasen personas que, unidas al Consejo, tratasen de los medios de defensa; «tocando sólo á él (decia) resolver sobre medidas de otra clase y excitar la autoridad de la nacion, y cooperar con su influjo, representacion y luces al bien general de ésta.» Ensoberbecidas las juntas con el triunfo de su causa, déjase discurrir con qué enfado y desden replicarian á tan imprudente y desacordada propuesta. La de Galicia, no solamente tachaba á cada uno de sus miembros de ser adicto á los franceses, sino que al cuerpo entero le echaba en cara haber sido el más activo instrumento del usurpador. Palafox, en su respuesta, con severidad le decia: «Ese tribunal no ha llenado sus deberes»; y Sevilla le acusaba ante la nacion «de haber obrado contra las leyes fundamentales....., de haber facilitado á los enemigos todos los medios de usurpar el señorío de España....., de ser, en fin, una autoridad nula é ilegal, y ademas sospechosa de haber cometido ántes acciones tan horribles, que podian calificarse de delitos atrocísimos contra la patria.....» Al mismo són se expresaron todas las otras juntas, fuera de la de Valencia, la cual en 8 de Agosto aprobó los términos lisonjeros con que el Consejo era tratado en un escrito leído en su seno por uno de sus miembros. Mas aquella misma Junta, tan dispuesta en su favor, tuvo muy luégo que retractarse, mandando en 15 del propio mes «que ninguna autoridad, de cualquiera clase, mantuviere correspondencia directa ni se entendiese en nada con el Consejo.» Dió lugar á la mudanza de dictámen la presteza con que el último se metió á expedir órdenes, como si ya no existiese la Junta. Mal recibido de todos lados y áun ásperamente censurado, parecióle necesario al Consejo dar un manifiesto en que sincerase su conducta y procedimientos: penoso paso á quien siempre habia desestimado el tribunal de la opinion pública. Mas no por eso desistió de su propósito, ni ménos descuidó emplear otros medios con que recobrar la autoridad perdida. Dábale particular confianza la desunion que reinaba en las juntas, y várias contestaciones entre ellas suscitadas. Por lo que será bien referir las mudanzas acaecidas en su composicion, y las explicaciones y altercados que precedieron á la instalacion de un gobierno central.

En la forma interior de aquellos cuerpos, contadas fueron las variaciones ocurridas. Habíase en Astúrias congregado desde Agosto una nueva junta, que diese más fuerza y legitimidad al levantamiento de Mayo, nombrando ó reeligiendo sus concejos diputados que la compusiesen con pleno conocimiento del objeto de su reunion. Ninguna alteracion sustancial habia acaecido en Galicia; pero su junta convidó á la anterior para que, de comun con ella y las de Leon y Castilla, formasen to-

das una representacion de las provincias del Norte. Se habian las dos últimas confundido y erigido en una sola despues de la aciaga jornada de Cabezon. Presidia á ambas el bailfo D. Antonio Valdés, quien estando al principio de acuerdo con D. Gregorio de la Cuesta, acabó por desavenirse con él y enojarse poderosamente. Reunidas en Ponferrada, como punto más resguardado, se trasladaron á Lugo, en cuya ciudad debia verificarse la celebracion de juntas propuesta por la de Galicia. Esta mudanza fué el origen y principal motivo del enfado de Cuesta; no pudiendo tolerar que corporaciones que consideraba como dependientes de su autoridad, se alejasen del territorio de su mando, y pasasen á una provincia con cuyos jefes estaba tan encontrado.

Concurrieron, sin embargo, á Lugo las tres juntas de Galicia, Castilla y Leon. No la de Astúrias, ya por cierto desvío que habia entre ella y la de Galicia, y tambien porque viendo próxima la reunion central de todas las provincias del reino, juzgó excusado, y quizá perjudicial, el que hubiese una parcial entre algunas del Norte. Al tratarse de la formacion de ésta, hubo diversos pareceres acerca del modo de su composicion. Quién opinaba por Córtes, y quién soñaba un gobierno que diese principio y encaminase á una federacion nacional. Adheria al primer dictámen sir Cárlos Stuart, representante del gobierno inglés, como medio más acomodado á los antiguos usos de España. Pero las novedades introducidas en las constituciones de aquel cuerpo, durante la dominacion de las casas de Austria y Borbon, ofrecian para su llamamiento dificultades casi insuperables; pues al paso de ser muchas las ciudades de Leon y Castilla que enviaban procuradores á Córtes, sólo tenia una voz el populoso reino de Galicia, y se veia privado de ella el principado de Astúrias, cuna de la monarquía. Tal desarreglo pedia para su enmienda más tiempo y sosiego de lo que entónces permitian las circunstancias. Por su parte la Junta de Galicia, sabedora de la idea de la federacion, queria esquivar, en sus vistas con las de Leon y Castilla, el tratar de la union de un solo y único gobierno central. Mas la autoridad de D. Antonio Valdés, que todas tres habian elegido por su presidente, pudiendo más que el estrecho y poco ilustrado ánimo de ciertos hombres, y prevaleciendo sobre las pasiones de otros, consiguió que se aprobase su propuesta, dirigida al nombramiento de diputados que, en representacion de las tres juntas, acudiesen á formar, con las demas del reino, una central. Con tan prudente y oportuna determinacion se evitaron los extravíos y aún lástimas que hubiera provocado la opinion contraria.

Asimismo cortaron cuerdos varones várias desavenencias movidas

entre Sevilla y Granada. Pretendia la primera que la última se le sometiese, olvidada de la principal parte que habian tenido las tropas de su general Reding en los triunfos de Bailén. La rivalidad habia nacido con la insurreccion, no siendo dable fijar ni deslindar los límites de nuevas y desconocidas autoridades; y en vez de desaparecer aquélla, tomó con la victoria alcanzada extraordinario incremento. Llegó á tal punto la exaltacion y ceguedad, que el inquieto Conde de Tilly propuso en el seno de la sevillana que una division de su ejército marchase á sojuzgar á Granada. Presente Castaños y airado, á pesar de su condicion mansa, levantóse de su asiento, y dando una fuerte palmada en la mesa que delante habia, exclamó: «¿Quién, sin mi beneplácito, se atreverá á dar la órden de marcha que se pide? No conozco (añadió) distincion de provincias; soy general de la nacion, estoy á la cabeza de una fuerza respetable, y nunca toleraré que otros promuevan la guerra civil.» Su firmeza contuvo á los díscolos, y ambas juntas se conformaron en adelante con una especie de concierto concluido entre la de Sevilla y los diputados de Granada, D. Rodrigo Riquelme, regente de su chancillería, y el oidor D. Luis Guerrero, nombrados al intento y autorizados competentemente.

Diferian tan lamentables disputas la reunion del gobierno central, y como si estos y otros obstáculos naturales no bastasen por sí, nuevos intereses y pretensiones venian á aumentarlos. Recordará el lector los pasos que en Lóndres dió en favor de los derechos de su amo á la corona de España el Príncipe de Castelcicala, embajador del Rey de las Dos Sicilias, y la repulsa que recibió de los diputados. No desanimado con ella su gobierno, ni tampoco con otra parecida que lo dió el ministerio inglés, por Julio envió á Gibraltar un emisario que hiciese nuevas reclamaciones. El gobernador Dalrymple le impidió circular papeles y propasarse á otras gestiones. Mas tras del emisario despachó el gobierno siciliano al príncipe Leopoldo, hijo segundo del Rey, á quien acompañaba el Duque de Orleans. Fondearon ambos el 9 de Agosto en la bahía de Gibraltar; pero no viéndose apoyados por el Gobernador, pasó el de Orleans á Inglaterra, y quedó en el puerto de su arribada el príncipe Leopoldo. Entretenia éste la esperanza de que á su nombre, y conforme quizá á secretos ofrecimientos, no tardaria en recibir una diputacion y noticia de haber sido elevado á la dignidad de regente. Pero vano fué su aguardar; y era, en efecto, difícil que un príncipe de edad de diez y ocho años, extranjero, sin recursos ni anterior fama, y sin otro apoyo que lejanos derechos al trono de España, fuese acogido con solícita diligencia en una nacion en que era desconocido, y en donde para conjurar la tormenta que

la azotaba se requerian otras prendas, mayor experiencia y muy diversos medios que los que asistian al príncipe pretendiente.

Hubo, no obstante, quien esparció por Sevilla la voz de que convenia nombrar una regencia, compuesta del mencionado Príncipe, del Arzobispo de Toledo Cardenal de Borbon y del Conde del Montijo. Con razon se atribuyó la idea á los amigos y parciales del último, quien, conservando todavia cierta popularidad á causa de la parte que se le atribuia en la caida del Príncipe de la Paz, procuraba, aunque en vano, subir á puesto de donde su misma inquietud le repelia. Mas los enredos y marañas de ciertos individuos eran desbaratados por la ambicion de otros ó la sesantez y patriotismo de las juntas.

Así fué que, á pesar del desencadenamiento de pasiones, y de los obstáculos nacidos con la misma insurreccion ó causados por la presencia del enemigo, ya desde Junio habia llamado la atencion de las juntas: 1.º, la formacion de un gobierno central; 2.º, un plan general, con el que más prontamente se arrojase á los franceses del suelo patrio. Al propósito entablóse entre ellas seguida correspondencia. Dió la señal la de Murcia, dirigiendo con fecha de 22 de Junio una circular, en que decia: «Ciudades de voto en Córtes, reunámonos, formemos un cuerpo, elijamos un Consejo, que á nombre de Fernando VII organice todas las disposiciones civiles, y evitemos el mal que nos amenaza, que es la division..... Capitanes generales....., de vosotros se debe formar un consejo militar, de donde emanen las órdenes que obedezcan los que rigen los ejércitos.....» Propuso tambien Astúrias en un principio la convocacion de Córtes con algunas modificaciones, y hasta Galicia (no obstante la mencionada federacion de algunos proyectada) comisionó cerca de las juntas del Mediodía á D. Manuel Torrado, quien ya en últimos de Julio se hallaba en Murcia, despues de haberla recorrido, y propuesto una central, formada de dos vocales de cada una de las de provincia. En el propio sentido, y en 16 de dicho Julio habia la de Valencia pasado á las demas su oponion impresa, lo que tambien por su parte, y al mismo tiempo, hizo la de Badajoz. No fué en zaga á las otras la Junta de Granada, la cual, apoyando la circular de Valencia, se dirigió á su competidora la de Sevilla, y desentendiéndose de desavenencias, señaló como acomodado asiento para la reunion la última ciudad.

No por eso se apresuraba ésta, ostentando siempre su altanera supremacía. Pesábale en tanto grado descender de la cumbre á que se habia elevado, que hubo un tiempo en que prohibió la venta y circulacion de los papeles que convidaban á la apetecida concordia. Apremiada, en fin, por la voz pública, y estrechada por el dictámen de algunos de sus indi-

viduos entendidos y honrados, publicó con fecha 3 de Agosto un papel, en el que, examinando los diversos puntos que en el día se ventilaban, proponía la formación de una junta central, compuesta de dos vocales de cada una de las de provincia. Anduvo perezosa, no obstante, en acabar de escoger los suyos. Pero adhiriendo las otras juntas á las oportunas razones de su circular, cuyo contenido en sustancia se conformaba con la opinión que las más habían mostrado ántes de concertarse, y que era la más general y acreditada, fueron todas sucesivamente escogiendo de su seno personas que las representasen en una junta única y central.

Por su parte el Consejo todavía esperaba recuperar con sus amaños y tenaz empeño el poder que para siempre querían arrebatarle de las manos. Mas no por eso, y para cautivar las voluntades de los hombres ilustrados, mudó de rumbo, adoptando un sistema más nuevo y conforme al interés público y al progreso de la nación. Asustándose á la menor sombra de libertad, encadenó la imprenta con las mismas y aún más trabas que ántes; redujo á dos veces por semana la diaria publicación de la *Gaceta de Madrid*; persiguió y aún llegó á formar causa á algunas personas que tenían en su poder papeles de las juntas, mayormente de la de Sevilla, y, en fin, resucitó en cuanto pudo su trillada, lenta y añeja manera de gobernar. Persuadióse que todo le era lícito á trueque de dar ciertos decretos de alistamiento y acopio de medios, que mostrasen su interés por la causa de la independencia, que tan mal había ántes defendido. Y sobre todo cobró esperanza con la llegada á Madrid de varios generales, en quienes presumía poder con buen éxito emplear su influjo.

Fué el primero que pisó el suelo de la capital, con las tropas de Valencia y Murcia, D. Pedro Gonzalez de Llamas, que había sucedido á Cervellon, removido del mando. Atravesó la puerta de Atocha con 8.000 hombres, á las seis de la mañana del día 13 de Agosto. A pesar de hora tan temprana, inmenso fué el concurso que salió á recibirle y extremado el entusiasmo. Pasó á frenesí al entrar el 23 por la misma puerta D. Francisco Javier Castaños, acompañado de la reserva de Andalucía. Sus soldados, adornados con los despojos del enemigo, ofrecían en su variada y extraña mezcla el mejor emblema de la victoria alcanzada. Pasaron todos por debajo de un arco de sencilla y majestuosa arquitectura, que había erigido la villa de Madrid junto á sus casas consistoriales. A estas entradas triunfales siguiéronse otros festejos, con la proclamación de Fernando VII, hecha en esta ocasión por el legítimo alférez mayor de Madrid Marqués de Astorga. Mas no á todos contentaban tanto bullicio y fiestas, pidiendo con sobrada razón que se pusiera mayor co-

nato y celeridad en perseguir al enemigo y en aumentar y organizar cumplidamente la fuerza armada. Daban particular peso á sus justas quejas y reclamaciones los acontecimientos por entónces ocurridos en Vizcaya y Navarra.

Habiase en la primera provincia levantado Bilbao al anunciarse la victoria de Bailén, y en 6 de Agosto, escogiendo su vecindario una junta, acordó un alistamiento general, y nombró por comandante militar al coronel D. Tomas de Salcedo. Sobremanera inquietó á los franceses esta insurreccion, ya por el ejemplo, y ya tambien porque, comprometida su posicion en las márgenes del Ebro, pudieran verse obligados á estrecharse más contra la frontera. Creció su recelo á mayor grado con asonadas y revueltas que hubo en Tolosa y pueblos de Guipúzcoa, y con las correrías que hacian y gente que allegaban en Navarra D. Andrés de Eguaguirre y D. Luis Gil. Habian éstos salido de Zaragoza en 27 de Junio para alborotar aquel reino. Despues de algun tiempo Gil empezó á incomodar al enemigo por el lado de Orbaiceta, se apoderó de muchas municiones de aquella fábrica, y amenazó y sembró el espanto hasta el mismo pueblo frances de San Juan de Pié de Puerto. Eguaguirre tampoco se descuidó en la comarca de Estella: formando un batallon con nombre de voluntarios de Navarra, recorrió la tierra, y llamó tanto la atencion, que el general D'Agout envió una columna desde Pamplona para atajar sus daños y alejarle del territorio de su mando.

José, por su parte, pensó en apagar prontamente la temible insurreccion de Bilbao. Para ello envió contra aquella poblacion una division, á las órdenes del general Merlin. No era dado á sus vecinos, sin tropa disciplinada, resistir á semejante acometimiento. Apostáronse, sin embargo, con aquella idea á media legua, y los franceses, asomándose allí el 16 de Agosto, desbarataron y dispersaron á los bilbaínos, pereciendo miserablemente, y despues de haberse rendido prisionero, el oficial de artillería D. Luis Power, distinguido entre los suyos. Los auxilios que de Astúrias llevaba el oficial inglés Roche llegaron tarde, y Merlin entró en Bilbao, cuya ciudad fué con rigor tratada. En su correspondencia blasonaba el rey intruso de «haber apagado la insurreccion con la sangre de 1.200 hombres» (10). Singular jactancia, y extraña en quien, como José, no era de corazon duro ni desapiadado.

(10) Estas palabras están insertas en una *Memoria* escrita por José á su hermano Napoleón en Miranda de Ebro, á 16 de Setiembre de 1808, cogida, con otros papeles, en la batalla de Vitoria.

El contratiempo de Bilbao, que en Madrid provocaba las reclamaciones de muchos, difundíendose por las provincias, alimentó el clamor, ya casi universal, contra generales y juntas, reparando que algunos de aquéllos se entregaban demasíadamente á divertimientos y regocijos, y que éstas, con celos y rivalidades, retardaban la instalacion de la Junta Central. Deseando el Consejo aprovecharse de la irritacion de los ánimos, y valiéndose de los lazos que le unian con D. Gregorio de la Cuesta, su antiguo gobernador, se concordó con éste y discurrieron apoderarse del mando supremo. Mas como Cuesta carecia de la suficiente fuerza, fuéles necesario tantear á Castaños, entónces algo disgustado con la Junta de Sevilla. Avistóse, pues, con el último D. Gregorio de la Cuesta, y le propuso (segun tenemos de la boca del mismo Castaños) dividir en dos partes el gobierno de la nacion, dejando la civil y gubernativa al Consejo, y reservando la militar al solo cuidado de ellos dos, en union con el Duque del Infantado. Era Castaños sobrado advertido para admitir semejante proposicion. Vislumbraba el motivo por que se le buscaba, y conocia que separando su causa de la de las juntas, quizá sería desobedecido del ejército, y aún de la division misma que se alojaba en Madrid.

En tanto, para acallar el rumor público, se celebró en aquella capital el 5 de Setiembre un consejo de guerra. Asistieron á él los generales Castaños, Llamas, Cuesta y La Peña, representando á Blake el Duque del Infantado, y á Palafox otro oficial, cuyo nombre ignoramos. Discutiéronse largamente varios puntos, y Cuesta, llevado siempre de mira particular, promovió el nombramiento de un comandante en jefe. No se arrimaron los otros á su parecer, y tan sólo arreglaron un plan de operaciones, de que hablarémos más adelante. Cuesta, aunque aparentó conformarse, salió despechado de Madrid, y con ánimo, más bien que de cooperar á la realizacion de lo acordado, de levantar obstáculos á la reunion de la Junta Central, para lo cual, y satisfacer al mismo tiempo su ira contra la Junta de Leon, de la que, como hemos visto, estaba ofendido, arrestó á sus dos individuos D. Antonio Valdéz y Vizconde de Quintanilla, que iban de camino para representar su voz en la Central. Quiso tratarlos como rebeldes á su autoridad, y los encerró en el alcázar de Segovia: tropelía que excitó contra el general Cuesta la pública animadversion.

Vanos, sin embargo, salieron sus intentos, vanos otros enredos y maquinaciones. Por todas partes prevaleció la opinion más sana, y los diputados elegidos por las diversas juntas fueron poco á poco acercándose á

la capital. Llegó, pues, el suspirado momento de la reunion de una autoridad central, debiendo con ella cesar la particular supremacía de cada provincia; durante la cual no habiendo habido lugar ni ocasion de hacer substanciales reformas ni mudanzas en los diversos ramos de la administracion pública, tales como estaban dispuestos y arreglados al disolverse, por decirlo así, la monarquía en Mayo, tales ó con cortísima diferencia se los entregaron las juntas de provincia á la Central.

No disimulamos en el libro anterior ni en el curso de nuestra narracion los defectos de que dichas juntas adolecieron, las pasiones que las agitaron. Por lo mismo justo es tambien que ahora tributemos debidas alabanzas á su primera y grandiosa resolucion, á su ardiente celo, á su incontrastable fidelidad. Al acabar de su mando anublóse por largo tiempo la prosperidad de la patria; mas se dió principio á una nueva, singular y porfiada lucha, en que sobre todo resplandeció la firmeza y constancia de la nacion española.